



FEDERACIÓN INTERNACIONAL
Fe y Alegría

Movimiento de Educación Popular Integral y Promoción Social



Colección de escritos del Fundador
José María Vélaz, S.J.

DIARIO PERSONAL DE VÉLAZ JESUITA EN FORMACIÓN (9/7/1932 – 11/11/1943)

(Texto recuperado por Joseba Lazcano S.J.)

Contenidos

1. Junior en Tournai	1
2. Filósofo en Marneffe	21
3. Maestrillo en el San Ignacio	53
4. Teólogo en Oña	59

1. Junior en Tournai (Bélgica)

Día 9.7.32

Hoy, en vísperas de empezar el currículo de francés empieza mi diario en el que quiero reflejar lo que siente mi corazón y acostumbrarme con el uso continuado de hacerlo a reflejar mis más íntimos sentires procurando la mayor corrección que pueda.

Oh, Corazón de Jesucristo, quiero que tú seas mi único amor, mi amor absorbente; a ti te dedico estos renglones, porque con el deseo de adquirir un estilo sencillo y vigoroso para después dar a conocer tu hermosura a todo el mundo, van escritos. Ayúdame y haz que no me desvíe en mi propósito. Yo quiero poder hablar de ti con toda la persuasión que el más sencillo y a la vez el más atractivo estilo preste a una persuasión íntima y a un alma enamorada de tu amor. Con esto, es decir, con el escribir un diario, cumplo un deber que de otra manera no podría llenar, ya que el latín por ahora me lleva casi todo mi tiempo. Yo me creo en una obligación muy grande de perfeccionar mi castellano, ya que según lo probable él será mi arma para predicar a Jesucristo. Recibe, Jesús, hoy las narraciones, descripciones, vamos, lo que venga saliendo, como enderezadas a glorificarte y a darte a conocer en todas partes. Perdóname si hay vanidad en lo que escriba.

Día 10.7.32

Estoy nadando en ambiente francés; hasta los labios van maquinalmente pronunciando jotas y ches francesas. Esto es darse un baño gálico; veremos mañana.

**Día 20.7.32**

Pobre diario mío, *il fait pifilé* (?) con estos diez días de abandono terrible, absoluto. No acierto a hablar en castellano, hasta delante de las letras dudo Diez días de oscuro túnel francés. La lástima es que se pasen tan pronto. Sería una lástima quedarme con un triste chapurreo. Vamos, que estos días hay que apretar. Jesús, ayúdame. Sabiendo francés, humanamente me hago más apto instrumento tuyo. Perdóname lo distraído que he estado estos días y ayúdame en los que vienen, para estudiar mucho con fruto y sin demasías. A ver si consigo no decir una palabra en castellano hasta el día del Santo Padre. *Oh que cela serait beau! Mon cher journal je requette beauocoup de vous dire adieu, mais les circonstances... Au revoir, a le jour de Saint Ignace.*

Día 27.7.32

Una pequeña interrupción antes de San Ignacio. El desfile de las nubes... Acostumbrado a los estrechos límites que marcan a los cielos los paisajes montañosos, nunca había notado ni me habían hecho impresión de grandiosidad las nubes. Aquí en Bélgica, he contemplado, bajo la cúpula infinita del cielo azul, panoramas de nubes verdaderamente grandiosas; sobre todo ayer y hoy, he visto desde mi ventana un desfile de nubes verdaderamente magnífico. Durante dos días, no han cesado de desfilar apelonamientos gigantescos de nubes, a veces blanquísimas, que recordaban con sus perfiles caprichosos el azul del cielo; a veces negras en las que veían precipicios, alturas y riscos enormes; a veces se juntaban en la misma dirección de oeste a este varias filas que en marcha lenta pero imponente marchaban como diferentes cuerpos de ejército al mismo frente de batalla.

Algunos ratos quedaba el cielo casi despejado, sobre todo sobre mi cabeza; pero, bien pronto, masas enormes que avanzaban sordamente lo ocupaban todo. Me ha hecho impresión de grandiosidad este desfile, sobre todo cuando cubría todo el cielo que parecía girar lentamente. ¿A dónde había ido a combatir ese ejército? Es un contraste muy grande el del cielo plumoso y uniforme, sin una tonalidad más oscura que otra que encontramos aquí durante el invierno, y este cielo que por toda su inmensidad dejaba paso al innumerable ejército de nubes. ¡Qué de tempestades y cuántos miles de rayos llevarían en sus entrañas!. ¿Dónde habrán descargado? ¡Qué poderoso es Dios que, con un poco de vapor, crea criaturas tan poderosas e imponentes!.

Día 29.7.32

Yo soy apóstol de Jesucristo. ¿Yo...? Yo tengo por encargo predicar a todo el mundo el amor que le ha tenido Dios. Qué vergüenza que yo deserte fácilmente tantas veces de la Compañía de Jesús. Qué bondad la de este divino capitán que siempre le siento que me llama y me anima.

Día 1.8.32

Canta hoy, alma mía, como canta en la selva el ruiseñor; siento un contento, un bienestar que se exterioriza en un canto sentido de largas cadencias y de brazos movidos y saltarines.

Me siento libre con ansias de galopar solo por la pampa de infinitos horizontes o por una estepa siberiana. Yo creo que tengo alma musical y abierta a las cosas grandes bellas. Si yo pudiera escribir las improvisaciones musicales que durante horas enteras han salido de mis labios, me parece que ya tendría renombre de músico. Mi música es música de corazón, y que sale espontánea, sin reglas, ni medidas. Hay músicas que dicen que son muy buenas y que yo no



entiendo. Me producen el mismo efecto de cuando oigo hablar una lengua para mí desconocida. No alcanzo el sentido. Tengo predilección por las tonadas tristonas que me salen aun cuando retozo de alegría. La melancolía de estas sonadas tristonas cae como una gota de dulce néctar y no la entristece. Mientras he escrito esto con los ojos húmedos, por mis labios salió una tonada monótona y melancólica y alegre a la vez.

Día 15.8.32

Mejor que el de diario, le vendría el nombre de semanario o mensual. Las circunstancias. Con todo, estos días he escrito dos veces mi diario y he hecho algunas cuchufletas para el refectorio. He conseguido en parte mi propósito de escribir algo todos o casi todos los días. Hoy, día de la Asunción, acaban las vacaciones mayores.

Hoy a la tarde, día de la Virgen, he sido destinado a China. ¿Por qué me quiere tanto Jesucristo? Sólo porque es infinitamente bondadoso y bueno. A mí, que debía arder en el infierno, me ha levantado a la dignidad de apóstol. ¡Haz, madre mía María, que correspondiendo a esta nueva gracia, abra una nueva etapa en mi vida religiosa. Soy apóstol, mis obras tienen valor apostólico. Delante de cada obra por hacer, he de sentir el respeto del que intenta convertir directamente un alma.

Día 17.8.32

Hay días en que siento una alegría, o más bien un bienestar, que no reconoce una causa externa y que me hace cantar para desbordar fuera ese contento; en estas ocasiones, no me importa estar solo y no hacer nada, porque solo estoy más contento y me basto para entretenerme dulcemente. Yo creo que este suave bienestar viene de que el cuerpo se encuentra joven, satisfecho y de que tiene ganas de retozar un poco. De la paz del alma también nace este mi contentamiento. Esto lo he escrito porque, cuando me he puesto a ello, me sentía en tal estado de ánimo. ¿Qué mundano es más feliz que yo aun naturalmente? Ninguno. ¡Qué madre y qué padre es Jesucristo, que así me cuida, y que me llama a ocupar un puesto avanzado en su ejército!

Día 21.8.32

Yo siento en mi alma unas ansias gigantes de gloria y grandeza e instintos salvajes de fiero chacal. Lo grande y lo bello me encanta, lo inmenso me embriaga y agranda mi ser. Yo estoy destinado a ser un gran santo, y un trono de gloria será mi corona triunfal. Sufrir aquí un poco, luchar como bueno, amar como un santo serán los senderos que guíen mi vida a la patria eterna. ¡Oh dicha inefable que debo yo entera al cariño de Dios! Exulte mi alma de gozo, y entone postrada su canto de gracias, delante de su solio inmortal. No puedo, aunque quiera, el gozo que siente mi alma, expresar.

Día 27.8.32

Las vacaciones van pasando, y ya me voy renovando en el cuerpo. Estos días han empezado a nacer ya los deseos del curso, que supongo irán creciendo a medida que se acaben las vacaciones. Los primeros días de vacaciones mayores, no quería ni oír hablar de estudios, porque ya el curso me había colmado y, sobre todo el cursillo de francés que soñé con tanto entusiasmo, ya los últimos días me dejó de tal manera, por el esfuerzo, que me repugnaba decir una palabra en francés.

He recibido carta de mamá en la que me dice que viene para los votos de Manuel.

**Día 28.8.32**

Ahora me acuerdo que un día, en una discusión sobre la eficacia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús para conocer y amar a Jesucristo, hice el propósito de hacer este año un sermón en castellano, explicando esta devoción y ponderando su eficacia. Para poder trabajar más fácilmente la materia, procuraré ir pensando en ratos perdidos el orden de la sinopsis.

Esta mañana, cuando bajaba al ofrecimiento, he mirado de paso por una ventana y he visto al sol empezando su trabajo diario. Parecía que la naturaleza sentía pereza de despertarse. El sol parecía decir a los campos arropados en velos de nieblas muy bajas: arriba, que ya es hora. Los árboles ya habían bajado sus coberturas de niebla, pero estaban silenciosos; no le decían nada al sol. Este por otra parte no daba mucho ejemplo de actividad y de vida. Levantaba su cara roja por encima de un murallón de nubes y alumbraba el paisaje con cierta timidez. Con todo, la naturaleza deleitaba y agradaba.

En vacaciones, me acuerdo frecuentemente de Guetaria y de aquellos paisajes de mar verdaderamente estupendos, de una puesta de sol que contemplé desde el semáforo y de aquellos recreos deliciosos que teníamos en la terraza después de cenar. Nunca me ha costado tanto el ir a puntos como entonces. Una luna hermosa iluminaba el paisaje nocturno. Las copas de los árboles que rodeaban la casa, subían por encima de la baranda de la azotea. La luna rielaba en las aguas tranquilas del mar. En la lejanía, el faro de Biarritz y, más cerca, el de San Sebastián, barrían con su haz de luz las tinieblas del mar. Las siluetas de los montes asomados a la costa y las caprichosas sinuosidades de la costa aparecían como de un vaporoso velo blanquecino al reflejar la suave luz de la luna. La calma que llenaba el espacio se transfundía en el alma y la hacía gozar de su reposo. Yo me quedaba absorto y silencioso y creo que hubiese prolongado varias horas mi contemplación a serme posible, sobre todo cuando miraba al cielo se levantaba en mi pecho como una ansia de cosas más altas y como una nostalgia de más felicidad, aunque no encarnaba en el deseo de un bien determinado.

Día 31.8.32

Se han ido los hermanos de segundo año, y siento un pequeño vacío en casa. Ayer, durante la cena, les canté esta coplita, con música de la jota Navarra.

Aunque ahora os marcháis
y partís para muy lejos
más que nunca penetráis
muy dentrico de mi pecho
¡Ay! Adiós mis hermanos
os marcháis, pero quedáis
muy dentrico, muy dentrico,
muy dentrico aquí en mi pecho.

Hoy he subido al Saint Aubert, un pequeño montecillo que domina sin embargo una inmensa extensión. Hubiera querido pararme a contemplar un poco el hermoso panorama que se contempla, pero teníamos prisa para volver a casa. Daban vida a la infinidad de tonalidades de verde que tapizaban la llanura, los juegos de luz de las nubes que cada vez me gustan más.



Antes de ayer tuve una conversación misional con el H. Arrizabalaga. Verdaderamente me entusiasmó su intensa vida misionera y las obras que a favor de la misión de China lleva adelante. Todo, con el mayor silencio y sin ninguna apariencia. ¡Ah! ¡yo también tengo que hacer algo por Jesucristo! Algo más, mucho más de lo que hago. Tengo que favorecer la obra del observatorio y museo de Jesucristo que el H. Hidalgo quiere levantar en Wuhú, con todas mis fuerzas. Estos días quiero encomendar el asunto de ganar a mi madre para propagandista de este proyecto, por lo menos en el círculo de sus conocidos.

¡Qué haya tantas millones de almas que están esperando la ayuda de mis buenas obras de estudios, de mi vida espiritual intensa, de mis conversaciones espirituales, y yo sea un abandonado, un miserable que no oigo sus gritos y que vivo buscando mis satisfacciones, sin preocuparme de salvar tantísimas almas que podría yo con la gracia de Dios arrancar del infierno y enseñarles a amar a Jesucristo, a llamarle Padre, a contemplar amantes su Corazón Divino y que no las socorra... Eso es horrible. Voy a trabajar desde ahora según las normas que ya tengo.

¡Madre mía, ayúdame, que soy muy débil y perezoso!.....

Día 2.9.32

Fui a Lille a esperar a mi madre que venía de España, con los primerines que conducía el P. Eguibar. *Ah, mon Dieu, oh lala!* El P. Ayudante, a quien yo acompañaba se fatigó mucho y, como no llegaron a la hora designada, se volvió a Turnai. Yo me quedé a esperar el tren que llegaba de Paris a las cuatro y media. Para llenar el tiempo me dí un paseo por Lille: me pareció una ciudad de mucho movimiento. Cerca de la estación encontré una iglesia (la Parroquia de Saint Maurice) y entré en ella. ¡Qué iglesia tan hermosa! Me llamó la atención la devoción con que un soldado rezaba delante del altar del Sagrado Corazón. Naturalmente, me vino a la cabeza la madre de aquel soldado y las recomendaciones que había hecho a su hijo antes de marchar al *servicio*: Hijo, no olvides de comulgar los primeros viernes y de visitar al Sagrado Corazón.

De allí, fui a la puerta de Paris. Yo no sé qué impresión de grandeza dan aquí las construcciones de piedra, pues quedan de un color gris casi negro, por el humo sin duda. Visité otra Parroquia cerca de la Universidad y frente al monumento de Pasteur.

De allí me fui a una plaza donde se destacaban imponentes dos palacios negros que no sé lo que eran. Para no meterme a preguntar el camino de la estación que no debía estar lejos, volví por el mismo camino dando una gran vuelta. Allí sí que fue el aburrimiento. Caras y más caras con todas las expresiones, caras de miseria, caras de risas, caras con pretensiones y caras de personas decentes. Un parado me pidió una limosna y yo que soy un bragazas le di cinco francos; al siguiente que me pidió limosna que por las trazas andaba calamocano le di diez céntimos para acabar pronto con la serie de pedidos. Me conmovió cuando me dijo que tuviese piedad de sus cuatro hijitos. Si no llega a estar iluminado, yo creo que me saca los pocos francos que llevaba. He notado que esta pobre gente me arrastra el corazón y que haría algo grande por ellos.

Después de la vida de misionero de paganos, el apostolado rural y los barrios bajos me roban el corazón.

**Día 6.9.32**

Ya tengo unas 550 peseticas para el H. Hidalgo, si es que el P. Espiritual no quiere destinarlas a otra cosa. Tengo que escribir más carticas a mis tías dándoles las gracias y diciéndoles el buen fin que tendrá su limosna: ayudar a formar un museo de Jesucristo adherido al Observatorio de Wuhú. Cuantos paganos quizá por su pequeña ayuda conocerán a Jesús, Dios y Redentor del Mundo. Es esta una obra simpática y que encomiendo con empeño, y por la cual me mortifico gustoso. Me parece que es buena idea la de juntar a un observatorio que ha de ser visitado por personas ilustradas, un museo de Jesucristo, donde los grupos escultóricos, los cuadros, los mapas, tarjetas etc. etc....hablen a los ojos paganos del más hermoso de los hijos de los hombres. Se me había ocurrido proponerle al H. Hidalgo una pequeña idea: la de dar un recuerdo de la visita, que podría consistir en una imagen del Sagrado Corazón de Jesús con esta jaculatoria: *Jesús ruega por mí, ruega por China, o Jesús, protéjame, protege a China*. ¿No es probable que a más de uno la dulce mirada del Corazón de Jesús, atraerá hacia sí y, al enterarse de lo que quiere decirnos al mostrarnos su amado Corazón, no podrá menos de amarle y servirle? Cuando escriba a casa, he de recordarles que quizá con sus limosnas se pagarán los ojos o el corazón de Jesús que conmueven el alma de muchos paganos. Y ciertamente que contribuirán a la formación de este museo que estará hablando con el lenguaje mudo de sus imágenes, estatuas, cuadros, mapas... a almas que jamás han oído una dulce palabra de Jesucristo.

Día 10.9.32

Pourquoi est tu venu? Pourquoi est tu parti? Pourquoi?... Esta inscripción se hallaba sobre la tumba de una niña en el cementerio de Tournai. ¿Por qué has venido?, ¿por qué te has ido?, ¿por qué?, ¿por qué? Esto es glacial. Parece que no se ve sino el despecho de un incrédulo herido por la muerte de una hijita suya: ¿para qué viniste? ¿para qué te fuiste? ¿para qué? Ni una cruz, ni un emblema cristiano sobre la tumba. Frío de muerte en cambio sobre el sepulcro y sobre todo la desesperación impotente de un padre que parece vibrar en las palabras del epitafio. Yo confío que la enterrada será más feliz que el que gravó esta inscripción atea. ¡Qué bálsamo de consuelo esparce por el alma el dolor cristianamente llevado! ¡Qué amargura roedora del alma, el dolor sin fe, la desgracia del ateo!

Salimos del cementerio repitiendo el glacial epitafio. Sentíamos frío en el alma.

Día 11.9.32

Siento desgano para escribir, pero tengo que forzarme un poco. Por mi ventana veo la luna que camina entre más nubecillas rosadas sobre la ciudad de Tournai. El viento sacude con fuerza los árboles. En el ambiente la luz rojiza del crepúsculo que baña suavemente las casas, los macizos de arbolado y los prados. Ahora me haría falta una escena para animar un poco este cuadro hermoso como todos los que ofrece la naturaleza pero un poco muerto. Yo soy el espejo en el que se refleja este atardecer visto hacia la parte contraria de donde muere el sol.

Las nubecillas rojas han desaparecido pero el color rojizo del ambiente es más pronunciado. Los árboles toman formas misteriosas engrandeciéndose a medida que la luz muere. El timbre me llama a la Bendición del Santísimo. *Pas plus*.

**Día 17.9.32**

¡Qué luna tan preciosa! ¡Qué calma tan solemne! ¡Qué silencio! ¡Cómo disfruta el alma delante del espectáculo que ofrece la luna iluminando con su luz blanquecina los macizos de arbolado que forman, destacando su silueta en el ambiente claro, formas misteriosas.

Día 18.9.32

Al subir del recreo, he pasado por delante de una ventana y he mirado al poniente. Yo venía pensando, o por mejor decir embargado por un sentimiento inexplicable de melancolía, de tristeza que me había quedado después de oír la conferencia del P. Urbina sobre las Iglesias Orientales. Las palabras del Padre *tal iglesia se acerca a Roma muy lentamente: es cosa de siglos*, las cifras fabulosas de 150 millones de rusos cismáticos, la impotencia en que se sentían mis entusiasmos juveniles delante de este problema en el cual tantos hombres de santidad y de ciencia trabajan para conseguir un fruto tan lento, me desesperaba... ¿Cómo hacer más? Me sentía pequeño e impotente. ¡Quien pudiera convertir por lo menos en unos 50 años todos esos millones de cismáticos! Las nubes negras que se extendían hacia el poniente dejaban paso como escenario a una catarata de luz que saltaba como por escalones entre unas nubecillas que se le oponían. La luz se amortiguaba poco a poco y el espectáculo me dejaba aumentada la misma tristeza que yo traía. Seguí el camino para mi cuarto alejándome de la ventana. Entonces se levantó en mí como una marea imponente de deseos de hacer algo grande por la salvación de tantas pobrecitas almas. Yo soy pequeño pero yo soy muy grande; yo tengo capacidad de grandes cosas, de grandes ideales, de grandes pensamientos. La China se presentó inmensa a mis miradas; después, Rusia, el mundo musulmán, los negros de África, Oceanía, los paganos de todo el mundo y los cristianos tibios.

¡Qué campo tan infinito! ¡Qué horizontes tan vastos! Y, apoyado en Dios, me sentí con fuerzas para emprender desde mi retiro, por medio de una vida santa, la empresa de convertir a Jesucristo los cientos de millones que esos territorios encerraban ¡Cuántas almas no había salvado Santa Teresita! ¡En pocos años y desde un claustro del Carmelo! Me parecía ver a Jesucristo con su corazón descubierto delante de toda la humanidad y me sentía con confianza suma para pedirle confiado en su bondad la salvación de todas esas almas.

Si Demóstenes tanto hizo por liberar a su patria del yugo macedón, si Napoleón, César, Aníbal, caminaron toda su vida tras la consecución de un ideal, a la consecución del cual ordenaron toda su vida, ¿qué no debo yo hacer delante de este ideal que debe ser el ideal de mi vida?

Durante la bendición le pedí al Señor misericordia para todos los hombres y, hacia el fin, me distraje, con lo cual vi lo miserable que soy y que, si él con su bondad no me ayuda, no haré nada por las almas. ¡Corazón de Jesús, haz que te ame con pasión, haz que ame las almas! ¡Haz que el darle a conocer a ellas para que así te vean por toda la eternidad sea el ideal único de mi existencia!

Día 21.9.32

¡Qué miserable soy! Grandes sueños, y después pocas obras. Estos días han pasado por mi cabeza obras monumentales, planes de construcción de universidades, colegios, escuelas, por centenares, millones recogidos casi casi por docenas, y un mundo de creaciones. He ido a la práctica de mis obras ordinarias, y ni a ello he llegado. Y, con todo, yo veo que con la ayuda de



Dios podré hacer algo grande, y que con todos mis defectos y miserias, si yo amo de veras a Jesucristo y a sus almas, llegaré a cosas de las que yo mismo quedaré espantado. Yo soy tímido y siento en mí resortes que me pueden lanzar a empresas, las más arrojadas y difíciles. Veo que no puedo hacer una meditación con fruto y siento que con la ayuda de Dios puedo convertir pueblos enteros a su santa ley.

Esta noche entraremos en ejercicios. Ayúdame, Jesús mío, para que saque fuerzas espirituales para arremeter con todos los pormenores de la vida de curso y para que siempre tenga presente vivificando mi formación el ideal de la salvación de las almas!

Día 20.9.32

¡Diario mío! Yo tengo cosas que otros no comprenden. Yo siento ansias que parece que a otros dejan tan tranquilos. Y esto, no sólo en el orden espiritual, sino por cierto temperamento afectivo de que estoy dotado. Siento una atracción legendaria hacia cosas y países desconocidos y semisalvajes, hacia paisajes, hacia individuos, que otros no tratan y que aun desprecian. Oh, ¿por qué tendré yo esta alma soñadora de grandes cosas y de planes y construcciones espirituales fantásticas. Yo siento atracción por Rusia, por Mongolia, por las grandes soledades, por las...

Día 1.10.32

Tocaron a examen cuando esto escribí, que, si no, no sé lo que hubiera escrito. Ahora me da casi vergüenza, pero si hubiese tenido tiempo para escribir lo que sentía en aquel momento, creo que habría escrito una página caliente. Ya estoy frío y aquello ya pasó; con todo, el fondo queda.

Día 1.10.32

Yo no sé por qué, pero cada día me entusiasmo más y se me comunican al alma las escenas que me presenta la naturaleza; las formas de los árboles, la soledad de la llanura, los apilamientos gigantes de nubes, el verde de los prados, los tintes y cambiantes de luz entre las nubes, esa neblina que como gasa sutilísima habita entre los bosques, todo, todo, hasta el cielo que me gusta cada día más. Yo ansió contemplar amaneceres y puestas de sol, tormentas y aguaceros, nubes negras y nubes blanquísimas como montañas de nieve. A medida que evoluciona uno de estos fenómenos, yo siento la evolución que la impresión producida en mi alma hace.

Día 2.10.32

Quiero saltar un rato entre palabras castellanas para descansar de este griego abrumador y volver de nuevo a el *¡patapún pataprás plun plun plin plas, qué caramba!* Ya lo creo que se puede saltar a la cuerda hablando en castellano, *rin ron rin ras...* Ambiente nuevo, fuera, lejos de Grecia, yo quisiera hablar ahora con uno de esos andaluces que cuentan cómo un día, jugando a las cartas, perdieron *hasta el modo de andá, zí zeñó...* Y hasta otro día, pues tengo que estudiar ahora los comparativos y superlativos numéricos. Todo sea por Dios y hasta otra, *¡adiós señora!, ¡adiós, buen viaje!*

Día 14.10.32

No he tenido un momento para hablar con mi querido diario. He estado como absorbido por el latín y por el griego y, por las trazas que lleva la cosa, me parece que me va a hacer falta mucho cariño por el idioma de Cervantes para continuar escribiendo, por poco que sea.



He dejado sin traducirse en estas páginas una porción de emociones; algunas bastante profundas, que he experimentado estos días. Pero, como esta temporada estoy envuelto en una atmósfera oratoria, las emociones oratorias a veces me han dominado con violencia. Tengo que hacer mi sermón latino, y después el castellano, además de la dominical. A veces, cuando pienso en la materia que tengo que elegir, me enardezco con la meditación de algunos puntos y me siento transportado al púlpito o a la tribuna, desde donde me siento con potencia para arrastrar multitudes. Esta especie de arrebatos, bastante frecuentes por otra parte, me hacen pensar en que yo tengo cualidades oratorias. Estudiando este punto, he visto que yo siento con fuerza cosas que a otros no les impresionan; si les impresionan, no es con el vigor que a mí. A mí, por ejemplo, salvajadas de la República Española me sacan de quicio y hacen que me carcoma de rabia y de indignación. Yo creo además (y me siento con potencia para ello) que yo haría sentir a otros esa misma indignación arrebatada. Quizás sería en mí indignación cruel y pasaría hasta por encima de la verdad, si no en cosas sustanciales, si en circunstancias. Yo quisiera como doblegar a todo el mundo a que odiasen lo que odio, despreciasen lo que yo desprecio y amasen lo que yo amo.

Las medias tintas y las transigencias en estas materias me exasperan. Cuando yo oigo alabar a canallas como los que hoy gobiernan a España, aunque sea reconociendo también sus grandes yerros, me requemo por dentro y no puedo soportar tales... (no sé qué decir) a mí me parecen mescolanzas. Yo no les perdonaría; los destrozaría con mis palabras, hasta hacerlos guiñapos; me ensañaría en ellos, hasta hacerlos aborrecibles a todo el mundo. A mí no me parece que merecen menos los canallas que chupan la sangre a un pueblo, que le roban su bienestar y su fe y después se muestran como justos y civilizados. Por eso yo siento ganas hasta de masticarlos entre los dientes de mi palabra y, por otra parte, el día que abandonasen el martirio a que han sometido a España, les perdonaría la vida, o me contentaría con que un tribunal con serenidad (porque yo no la tendría) les condenase a muerte.

¡España, Madre querida!, yo siento más ganas feroces de aplastar a los que te tienen postrada y encadenada, no por vengarme de los que te atormentan sino para verte de una vez libre de tantas desgracias. A los individuos les tengo compasión, pero a su obra, si pudiese, la echaría al infierno; a ellos no les guardo rencor; más aún, les encomiendo al Señor y ruego a menudo por ellos; pero su crimen, la diabólica empresa que sin que caigan en la cuenta (porque esto es imposible) llevan a cabo, ah... ah...

Cuando considero la grandeza que España tuvo un día y su postración presente, se me ponen los pelos de punta y quisiera verme delante de innumerable multitud gritando: ¡Españoles, hermanos míos, hijos de una misma madre que agoniza, la República está asesinando a España, despertaos, fuera la tiranía, abajo la opresión, muera la República, guerra a los que asesinan a nuestra madre!

El Gobierno español está matando la libertad de todo hombre honrado y, en cambio, suelta a los bandidos y pistoleros y los hace gobernadores y ministros; diez granujas convertidos en ministros atropellan a 20 millones de españoles. Una turba de enchufistas se chupa los millones del tesoro nacional. Se mata la honra de España, presentándola delante del mundo merced a las tropelías republicanas como una nación semisalvaje. Se nos quiere quitar la fe de nuestros padres y, para eso, se arranca primero el crucifijo de las escuelas, para después arrancarlo del corazón de nuestros hijos. Se queman y saquean conventos y centros de enseñanza regidos por religiosos.



Se envía a un presidio al que defiende su fe católica. Se blasfema (y esto es lo último) de lo más santo en nuestras mismas leyes...

En una palabra, como os lo decía antes, la República asesina a España nuestra madre y además a sangre fría. Españoles de mi alma, hijos de los que hicieron temblar el mundo entero, de los que civilizaron un continente, de los que mil veces derramaron su sangre a torrentes por su España y por su fe; yo me encaro con vosotros y os grito: ¿tenéis sangre en las venas, sois hombres, tenéis fe o no llegáis ni a mujeres? Porque, si sois hombres, si sois católicos, si tenéis dos gotas de sangre y un poco de alma, no soportaréis un segundo más el yugo a que estáis uncidos como esclavos o como animales. ¡Romped de una vez esas cadenas vergonzosas!

¿Qué?, me dirás: ¿nos incitas a una guerra civil? Sí... y en cuánto llegue el tiempo oportuno... entonces, como leones, os debéis lanzar a la lucha; y ahora tenéis que preparar el terreno. ¿Cómo? Por ahora, sin violencia, cada uno de vosotros debe ser un apóstol de nuestras ideas y no cejar en propaganda entre parientes, amigos y conocidos, discípulos y compañeros de trabajo; y, para que veáis que esto es bien sencillo, os voy a dar el medio único y eficaz de verdadera propaganda: la propagación de nuestra prensa...

Día 21.10.32

Yo no sé hasta dónde hubiese escrito si me hubiese dejado llevar del coraje que se subleva en mi pecho contra tanta iniquidad. Pero yo soy jesuita; yo debo sacrificar todos mis amores al amor de Jesucristo, y por eso arranco ahora de mi corazón, aunque este sangre, el amor a España.

Día 22.10.32

Cada vez la música me gusta más y no sé por qué me voy en general en mis improvisaciones a las tonadas melancólicas. ¿Por qué será esto? No lo sé. Yo veo que soy algo raro para algunos y que me miran con algo de compasión como a un romántico. Es que habré dado motivos... Me parece que he sido algo impertinente en algunas cosas que a algunos habrán parecido las más fieles representaciones de mi espíritu estrafalario en el que siempre gimen auras de cementerio. No hay que cantar tanto, porque se puede dar la murga a los demás y, por otra parte, la misma continuidad de los cantos melancólicos dejará un sello profundo en mis manifestaciones. Yo soy capaz de hacer sentir tristeza, de hacer llorar con las cosas que yo siento. Pero me parece que siento demasiada inclinación a este aspecto. Tengo que ensayarme en las declamaciones, improvisaciones y sermones a arrastrar a mis oyentes hacia afectos más fuertes, sobre todo a odio, a temor, a júbilo, a ardiente amor. Esos ímpetus salvajes que yo siento, que a veces son de expansión y de libertad, a veces de odio y amor, si los enderezo a la oratoria creo que me serán de mucho provecho dando potencia oratoria a mi discurso.

Día 29.10.32

El sonido prolongado de una flauta, que alargaba sus tonos cadenciosos y dulces, se colaba anoche por mi ventana. ¡Qué dulzura llevaban sus notas y qué tristeza tan resignada! Expresaban la nostalgia de mi corazón, que ansiaba felicidades nunca gustadas. Desde entonces, con reproducir una de aquellas notas largas y dulces, me coloco en un estado de ánimo semejante al que se traslucía en los sonidos de la planta de anoche.



¡Qué grande es el abovedado de que aquí ofrece el cielo los días de mucho viento y grandes nubes! Es un espectáculo grandioso, un desfile de monstruos titánicos y deformes, una imponente cabalgata de montañas, una gigante traslación de todas las cordilleras del mundo juntas, con sus picos agudos, con sus despeñaderos y precipicios espeluznantes, con sus blancas nieves y sus negros o grisáceos peñascos, con sus murallones de ingentes montañas. Todas estas masas se mueven con lentitud grandiosa y se transforman y se deshacen recordando a la imaginación las convulsiones del caos.

Día 7.11.32

He estado pensando en las cosas que me decía el sólo nombre de España; pero, como me hace falta un cuaderno para escribirlas, las dejo en los repliques del corazón.

Día 10.11.32

Una gran calma en el cementerio que rodeando la Iglesia de Saint Oubert domina la colina de este mismo nombre. Más abajo, en algunos arbolados dormía el viento; después se extendía la llanura envuelta en gasas de bruma, tenues al principio e intensas en la lejanía, y sobre ellas, como penetrándolas de suave luz, el sol vertía suavemente sus rayos. Se sentía en el alma la serenidad de la naturaleza, la paz solemne que reinaba sobre todo el paisaje.

Día 15.11.32

Ya se me han secado las fuentes de inspiración para escribir. Tengo desgano de ponerme a ello. En esta distribución no queda tiempo para respirar, cuánto menos para escribir, y más que nada parece que esta vida de trabajo intenso seca la frescura del espíritu y, si uno se descuida, se va haciendo poco a poco de corcho para muchas impresiones que antes le herían.

Día 22.11.32

¡Que soberbio soy! Esto lo veo en mis pequeños fracasos, cuando mi amor propio se siente herido y cuando veo que no valgo para nada, yo, que me había creído ser un coloso o poco menos. En estas decepciones, el despecho parece que me incita a dejarlo todo y no seguir adelante. Lo mismo me sucede en la vida espiritual que en la vida de estudio. ¡Cómo me cuesta desprenderme de este despecho y como picazón interior! No hay cosa que más amargue la vida si no se desecha pronto.

Día 27.11.32

Dentro de una hora y cuarto, tengo que predicar mi sermón latino. De tanto repetirlo se me ha ido todo el sentimiento; sobre todo el tener que tenerlo de memoria pero al dedillo hace que las palabras pierdan casi su significación y el afecto que se puso en ellas, quede muerto de tanto sobamamiento. Con todo, yo creo que si tuviera un público que me atendiera y no desviara su atención a la sopa y a las patatas, el mismo me devolvería mucha parte del sentimiento y de la fuerza que yo puse en mi sermón cuando lo escribí.

De todas maneras, yo voy a hablar de Jesucristo y a hacer que los que me oigan aumenten por lo menos en una chispita el amor que ya antes le tienen. Ahora voy a pensar las cosas que ya sé de memoria, para darles su valor propio, y hasta pronto, diario mío, en que te pienso contar cómo me ha ido.

**Día 29.11.32**

He leído una hojita de propaganda misional que me ha conmovido. Se dirige a los pobres, y se titula *¡Oh, lo que tú puedes!* Y a continuación cuenta brevemente numerosos casos de pobres y hasta de mendigos que el autor ha visto sacrificarse heroicamente por las misiones. Lloré de emoción y de vergüenza al ver almas tan hermosas y al ver lo poco que yo hago por los pobres infieles, estando como estoy destinado a ser su apóstol. La mayoría de los que enumeraba la hojita habían oído hablar un poco de misiones; y yo, "a quien eligió y crió el Señor para ser apóstol, vivo medio olvidado de que hay mil millones de almas que ni han oído nombrar con cariño a Jesucristo.

Esto es infame. Yo he hablado muchas veces de lo que se puede hacer en los colegios por medio de la propaganda misional, y no he pensado que infinitamente más se puede hacer en una comunidad de jóvenes jesuitas. ¿Cómo me arreglaré pues para enardecer a los que me rodean con el entusiasmo misional, encaminado más que nada a la vida práctica?

Tengo tres armas: 1º, oración: rogando directamente por los paganos y ofreciendo por ellos todas mis obras, haciéndolas con la mayor perfección que pueda; 2º, ejemplo: si yo, que estoy destinado al China, edifico a mis hermanos, naturalmente verán lo que puede el ideal por las misiones en la santificación propia; 3º, con mis conversaciones: yo puedo encomendándolo al Señor prender el ideal misionero en muchos corazones de mis santos hermanos que, aunque nunca vayan a misiones, serán desde aquí fervientes ayudadores con sus oraciones e influencia en colegios, residencias, revistas...

Ahora quiero trabajar especialmente por el Observatorio de Wuhú y por el Museo de N.S. Jesucristo. ¡Qué obra tan simpática!

Día 4.12.32

Madre mía, madre mía, yo he querido bendecirte encerrando lo que yo te amo en los moldes de unos versos, pero es para mí imposible. No me viene a la mente más que estas ideas: eres pura, eres Virgen, más hermosa... iba a decir que los lirios, pero esto es fórmula, esto es quitarte hermosura. No te puedo decir cosas más profundas; no te puedo decir cosas que, al ser escuchadas por otros, hagan que te amen más. Una pena me queda, y es que esto debe ser porque yo te quiero poco, porque te conozco muy poco. Todos los años me ha pasado lo mismo: cuando he querido hacer una poesía para mayo o para la Inmaculada, me he entristecido porque no podía.

Hoy he cumplido veintidós años. Ya he vivido 22 años ¿Cuántos cumpliré aun?

Se puede decir que ya soy mayor de edad. Me parece que aún he vivido muy poco; se me hacen cortos esos 22 años. No me extraña que los sesentones nunca crean que se van a morir, porque, al paso que voy, me voy a encontrar viejo muy pronto ¡Cómo corre el tiempo! Y me parecerá que no he vivido nada aún; que pronto, por consiguiente, voy a encontrarme en el lecho de agonía. Después de esa fecha, empezaré, si Dios me guarda, a vivir vida verdadera, vida inmensamente feliz. ¡Veintidós años! Ya me he quitado de encima 22 años que se me oponían llenos de peligros en el camino del cielo. ¿Cuántos me quedarán? Esto es ser feliz en la tierra; me queda algún tiempo para hacer méritos y preparar un capital inmenso de méritos para la eternidad, de cuyos intereses gozaré por siglos y siglos sin fin. Qué dicha la del jesuita: ocuparse en esta vida de los negocios más grandiosos, como son santificarse y salvar muchas almas, y después gozar para



siempre bañado por los infinitos raudales de felicidad que inundan el cielo. Este mi cuerpo, esta mi alma, estos mismos gozarán para siempre. Como debo guardar.

Día 21.12.32

Navidad, ya viene Navidad. Esta palabra, Navidad, tiene un calor en mi imaginación, que yo nunca he sentido plenamente todavía. Yo no he podido gustar en más Navidades aquello que yo sentía en mi alma lo más propio de las Navidades. Días de ensueño, días idílicos, días de largas veladas alrededor de la lumbre, días de silbar del viento de frío y de nieve fuera de casa, de suave calor, de cuentos y alegres cantares dentro de ella, días como el de Noche Buena, como el de Noche Vieja, como el de Inocentes y como el de Reyes, como el de año nuevo con todo el acompañamiento de belenes, de cuentitos, de juguete, de sorpresas e inocentadas, días llenos de poesía y de dulce piedad. Al pasar el día de Reyes y con él las Navidades, siempre he sentido un desengaño, nunca he sentido satisfecha mi ilusión de Navidad. No he pasado aún unas Navidades a gusto. Cuando estos últimos años, después de cenar en silencio y de tres cuartos de hora de quiete, los más sosos del año, porque sentía no sé qué tristeza y como falta de calor de familia en el alma, nos tocaban a puntos y a examen y a acostarse enseguida: mi desilusión de las Navidades se hacía cada vez más grande. Y, después del día de Reyes, sentía una persistente nostalgia de Navidades. ¿Por qué será que yo tengo esa ansia de felicidad tibia y perfumada en el tiempo de las Navidades? ¿Por qué? Porque celebramos la venida de Jesús al portal de Belén para salvarnos. Y porque celebramos, conmemoramos, la venida pobre y llena de dolores de Jesucristo, la venida de Dios a un establo frío y triste. ¿Yo quiero pasar unos días de goce material, de comodidades, de hacer mi voluntad, de cumplir mis caprichos? ¡Qué corazón más miserable y desagradecido el mío, qué pequeño, qué avaro y qué egoísta! Jesús tirita de frío por mí, y yo sin acordarme de Él. Si no es de una manera convencional, quiero gozar, divertirme y, si no lo consigo, siento en mi alma un despecho amargo y me dejo dominar por él, como si mi pretensión tuviera justicia y como si en esos días me perteneciera la felicidad.

Día 25.12.32

Día triste, día de la amargura despechada. Y ¿por qué? Por querer hacer mi voluntad, por no haberme compenetrado con lo que es celebrar la venida de Jesús pobre y envilecido y lleno de dolores. Si yo, lleno de amor y agradecimiento, me hubiese propuesto sufrir hoy, todo lo que me contrariase, para pagar de alguna manera a Jesucristo, hubiese pasado un día de Navidad acomodado al espíritu cristiano.

Día 30.12.32

Ya se me escapan las últimas horas del año de 1932. Me da pena y tristeza mirar hacia atrás, porque no voy a ver sino un año sembrado y como cubierto de acciones tibias y negligentes en el servicio de Jesucristo y en la extensión de su Reino.

Jesús mío, mi Rey y mi Señor, perdóname. Porque sé que eres infinitamente bueno y misericordioso, me vuelvo a ti y, besando tus pies, te pido perdón seguro de que lo obtendré. ¡Cuántas gracias no he despreciado! Me duele que, al perderlas yo, las hayan perdido tantas almas a las que se hubiesen extendido. Tu Señor eres archimillonario de gracias. Te pido que les des esas gracias que yo les he quitado a las pobres almas necesitadas de ellas y que sólo yo pague mi pecado.

**Día 8.1.33**

Hace tres o cuatro días, durante el paseo en silencio, se ponía el sol entre nubes. Los árboles escuetos y desnudos aparecían de un color rojizo débil. Los caminos del jardín se oscurecían. Ya en el cielo limpio, la luna creciente y alguna estrella, en el aire paz y reposo, en mi alma la quietud de la naturaleza y cierta como dulce sensación de destierro en este mundo.

Mis ojos contemplaban sin cansarse los suaves colores rosas que se amortiguaban. y mi mente se solazaba con esta idea: ¡cómo gozaremos con la vista de Dios allá en el cielo cuando nuestra alma se siente llena de melancólica felicidad con la vista de una de las migajillas que han caído de las manos de Dios!. ¡Cómo será aquel éxtasis, en el que pasaremos la eternidad arrobados con la vista de la belleza de Dios y qué sensación de dicha tan grande y tan honda tan majestuosa, tan dulce, tan intensa no llenará y henchirá nuestra alma; y esto para siempre, sin perderla o disminuirla en un punto jamás.

Tengo ganas de consignar aquí alguno de mis arrebatos oratorios. Cuando oigo un trozo de Nocedal bien declamado o leo a Demóstenes o simplemente oigo alguna nueva de lo que pasa en España, suelen estallar en mi pecho al contacto con estas causas exteriores unas como tempestades oratorias, y siento dentro de mí un flujo y reflujo de ideas y afectos que chocan entre sí y se envuelven formando el fin como un fuerte remolino en el cual se revuelve con furia una idea vivificada y encarnada de un afecto, potente, generalmente de odio, de vergüenza, de indignación, de ansias de grandeza para España.

Entonces restallan como latigazos mis palabras o, por mejor decir, mis afectos, que vuelvo en mi pensamiento todo vocabulario, queriendo dar con palabras que produzcan efectos de explosión de dinamita y estampido de cañonazos para despertar en las almas de los españoles los sentimientos más sagrados de amor a su patria, a la España grande que yo tengo en medio de mi corazón.

Y, como veo que esa España parece y lo es, por la bestialización de sus hijos, no la soberana majestuosa, llena de belleza y de virtudes, sino una esclava vieja y decrepita y envilecida; y se despierta en mi alma una oleada gigantesca de indignación y odio contra los que la han prostituido, y me envuelvo dentro de mí como león herido queriendo triturarlos entre mis zarpas y mis dientes.

Las lágrimas de la impotencia llenan mis ojos y me vuelvo a los españoles mis hermanos, a quienes en mi imaginación veo apiñados a millares alrededor de mí, y los excito a no soportar un momento más el yugo vil al que están amarrados como bestias, los pongo delante de los ojos el cuadro desgarrador de la España herida, mutilada, desangrada y renegada de hoy, resaltando sobre el fondo glorioso de un pasado de gloria, de poder de ciencia, y de fe. Españoles, les digo, vuestra madre España está recibiendo hoy las últimas traidoras estocadas de parte de los criminales y presidiarios que nos gobiernan, ellos están colmando la historia de las traiciones que ha sufrido, ellos cubren su rostro...

Día 11.1.33

Cuando estaba calentándome ya el otro día, el timbre me cortó el vuelo y las alas oratorias. Después de haberme emocionado por una causa como la que indiqué arriba, me suele dar como vergüenza y hastío de haber escrito cosas por las que me parece que soy algo raro, y por haber manifestado afectos que sólo están bien en el fondo del alma.

**Día 16.1.33**

Todo está blanqueado por la nieve. Los descarnados árboles resaltan tristes sobre el fondo blanco. Una neblina fría reduce la visión a unos cien metros.

Me siento decaído y con menos vigor y vida que la naturaleza. Tengo sueño y ganas de más calor espiritual. Charlo con los hermanos desgadamente. Qué poca cosa soy.

Ayer tuve un altercado con mi hermano; interiormente, me encolericé tanto, que hubiese cometido una atrocidad con él. Luego, pensando qué hubiera hecho si hubiese dado rienda suelta al torrente de mi ira, me sentí capaz de las atrocidades más sangrientas, me sentí con instintos de hiena. Ayer podía decir: *Soy una fiera*; hoy: *soy nada*.

¡Jesucristo, mi misericordioso e infinitamente buen Señor! ¡ Tenme de tu mano y guía mis pasos, porque, sin ti, seré un desgraciado!.

Día 18.1.33

¡Cómo se despiertan los recuerdos! Cuando volvíamos de paseo, he oído ladrar a un perro y, de repente, me he acordado de cómo aullaban algunas madrugadas los perros que teníamos en Chile. Eran cinco perros muy grandes, que todo el día estaban encerrados y se soltaban cuando oscurecía y ya se habían marchado todos los obreros.

Ahora me acuerdo de los saltos de alegría que daban cuando los soltábamos. Yo solía ir algunas veces con un empleado español para abrirles la puerta: qué alegría la de aquellos perrazos, cómo saltaban y, poniéndome las patas en la espalda y en el pecho, querían lamermela cara. Pasada la primera alegría, se esparcían husmeando por todas partes. Recuerdo también que a las madrugadas algunas veces les oía aullar con profunda tristeza; nunca he oído más aullidos tan lastimeros. Yo me acorruca en la cama, como cuando en invierno se oye como silva afuera el viento.

Día 22.1.1933

Ya vamos a cumplir el año de destierro. Hace un año, ya creíamos que el peligro había pasado cuando salió el fatal decreto. Recuerdo que era un domingo por la mañana. El timbre del Juniorado empezó a sonar largamente. Todos salimos al pasillo y nos preguntábamos que era aquello; el corazón nos decía que el decreto. Al fin, dijo uno: que bajemos a la clase de retórica. Allí nos leyó el P. Areitio el infame y brutal decreto. Yo apretaba los puños, traía a mi mente el ejemplo de Jesucristo perseguido; pero nuevas oleadas de indignación rugían en mi pecho. Hoy estamos ya a un año de distancia, y agradezco al Señor el decreto que nos echó de España.

Día 12.2.1933

He estado unos ocho días en la enfermería. Estoy agotado. Cuando fui, tenía más bríos que un potro cerrero, y ahora parezco un caballo de pica. Esta gripe me ha quitado las fuerzas, los bríos y las ilusiones. Qué poco basta para derribar a un hombre. Casi tenía la persuasión de que con no querer no me pondría malo; lo de coger una enfermedad grave me parecía imposible. Es la soberbia inexperta de la juventud.

Al ir escribiendo este diario, he aprendido muchas cosas de mí mismo. Me he conocido en algunos puntos en los que nunca había reparado. He notado, que soy de sentimientos un poco enfermizos,



aunque no siempre ni mucho menos. Me entusiasmo con las cosas sin pesar bien todas sus partes y después siento la decepción del que se ha dejado alucinar por una bagatela. Tengo una soberbia, o no sé cómo la llamaría, que me desvía en la apreciación de cosas y personas. No sé ver la parte mala de las cosas que me gustan, ni la buena de las que me disgustan. Tengo potencia para sentir las cosas y debilidad y pereza grande para llevarlas a cabo.

Mi vida es un tejido de buenos deseos y de sentimientos elevados con obras a medias y con una pereza intelectual y física inconcebible. Yo veo que si otros la vieran se espantarían. Cada vez me siento más pequeño, más mezquino y más débil.

Día 17.4.33

¡Hojas de los árboles... en paz! De rato en rato se columpia una rama y tiemblan las hojas. El cielo inmenso, sereno. El sol hundido enrojece en montón de árboles. ¿Por qué estoy tan sereno como las auras y tan alegre como los bosques y los prados que se visten de fresco verdor? Hay paz y sosiego en el viento, paz y silencio en el cielo, paz y dulce gozo aquí dentro de mí. A medida que la luz se extingue, este dulce gozo se cambia en una dulce melancolía y como en una añoranzas de felicidades más grandes que se presienten íntima y suavemente.

Día 18.4.33

¡Cuántas obras grandes han pasado esta tarde por mi cabeza y por las de mis compañeros de paseo! A propósito de la vida de estudiantes universitarios y de sus juergas, corrupciones y descarríos, hemos llevado una buena conversación y han salido a plaza los medios de que la Compañía podría disponer para salvar a tantos universitarios y convertirlos en hombres católicos y competentes en sus... El H.C., que estuvo en Madrid en una casa de estudiantes universitarios que por propia iniciativa rezaban todos los días el rosario, que pertenecían a las “Conferencias de San Vicente de Paul”, que comulgaban con frecuencia y que vivían preservados de las lacras de los jóvenes de su condición, nos fue contando por otra parte las broncas formidables que armaban, las merendolas, pasteladas y bromas que se gastaban. Es un caso notable el que treinta jóvenes se conserven así, por su propia iniciativa.

El H. que nos contaba esto nos decía que el formar casas semejantes, que por otra parte requieren poco personal, sería un ministerio fructuosísimo que la Compañía podría ejercitar. Con cuatro PP., que a la vez pudiesen ayudar como consultores a los chicos y como espirituales, sería suficiente para llevar sesenta o cien estudiantes. Que sueño tan hermoso; además la Compañía les podría facilitar mejor que otras instituciones Biblioteca y Laboratorio. El froto suyo es más eficaz que el de un colegio, ya que atiente a la formación directa de hombres de influencia y de posición el día de mañana, pues directamente se va a empezar su actuación en la sociedad. Todo lo piadoso había que ser por propia iniciativa y no admitir a nadie sin su consentimiento, aunque su familia lo quiera, pudiéndose lo mismo marchar cuando no se sienta a gusto.

Día 19.4.33

Qué tarde tan agradable ha quedado después de un día de viento frío y hasta de nieve que, aunque poca, ha caído hoy. Aisladas en el cielo sereno y azul ha quedado algunas nubes blancas bastante grandes que pasan arrastradas por el viento lentamente.

**Día 3.5.33**

Quiero escribir y no sé qué. Es gracioso esto de que, cuando me siento inspirado, no puedo pescar un minuto libre y, cuando menos falta se me hace, se me presenta un redondo cuarto de hora a mi disposición. Yo quiero escribir para ejercitarme, en decir todo lo que siento (salvo ciertas cosas) a fin de adquirir una pluma dócil a mi voluntad que sea instrumento apto del día de mañana para combatir por la gloria de Dios. Esto me hace impresión. El predicador más elocuente de nuestra provincia, por ejemplo el P Laburu, cuando habla ante auditorios de cuatro, cinco o seis mil hombres nos parece una cosa o un suceso extraordinario y esto es pocas veces al año. Pues un Padre que escriba sin dificultades mayores puede alcanzar números de lectores mucho mayores, multiplicar más estos. Además, la vida de un escrito es inmensamente mas larga que la de la predicación y llega a mil sitios y personas adonde esta no puede penetrar. ¡Corazón de Jesús enséñame a escribir y hablar dignamente de ti! ¡Yo quiero prepararme escribiendo de cuanto se me ofrezca, para así disponer y afilar mi pluma!

Día 7.5.33

Hoy es un día de nubes y de fuerte viento. Ha llovido ya varias veces. A esta hora brilla el sol dando color y relieve a los apelonamientos de nubes que se mueven por el cielo. Ahora se hace sentir la grandiosidad del cielo que parece más grande y como adornado por ese artesonado de nubes ingentes.

Día 9.5.33

Quiero escribir quiero hacer volar mi pluma en raudo y tendido vuelo por el cielo que no tiene límites; quiero que mi pluma se prepare de un trazo en España y que ascienda los Pirineos y baje como un halcón desde sus cumbres; quiero que mi pluma galope por los llanos de Castilla cubiertos de verdes lugares y, atravesando las vergeles de Andalucía floridos ahora por la primavera, quiero que llegue hasta el estrecho y que, siguiendo la estela de gloria que dejó mi raza, cruce el Atlántico en todas direcciones en alas de mi amor, la inmensa hija de España y, después de haberse fascinado de contemplar las grandezas de nuestros mayores, siguiendo la ruta de Elcano, salude a Filipinas y desde allí con un salto del corazón se presente otra vez en la Madre España.

¿Por qué te quejas corazón mío? ¿Me dices que te tengo amarrado? Y ¿qué quieres que haga? Pues si te hubiese dejado libre te derrumbarías en un abismo. Sufre el freno y las cadenas por tu propio bien, pues si las aguantas ahora día vendrá en que se te quiten y que sin peligros y con dicha eterna queden tus ansias saciadas. Entonces Dios se llenará de delicias y de gozos deseables que disfrutarás en absoluta paz por toda la eternidad.

Día 5.6.33

He leído "Sotileza" y me ha llenado el alma. Desde ahora, Pereda será uno de mis autores predilectos. Después de haber terminado la lectura, me he sentido agradecido que me ha hecho pasar ratos tan sanos y agradables. Pereda ha venido a llenar una necesidad de mi alma. Yo no sé si es prurito en parte, pero es lo cierto que siento ansias de obras grandes, y un deseo de virilidad, fuerza y energía me persiguen a todas partes. Ahora noto este deseo, esta inclinación, esta como necesidad de las manifestaciones bellas por medio de la palabra. Cuando veo una cosa y quiero expresarla, me domina siempre el deseo de expresarla con vigor y con fuerza; cuando siento la belleza de la naturaleza, de los hechos heroicos y en otras casos parecidos, me pasa lo mismo. Por



eso, cuando leo un autor como Pereda, toda naturaleza, toda virilidad, toda poesía y poesía honda y profunda, siento un descanso y un como lleno en el alma. Después de leer “Sotileza”, le he dicho a Pereda interiormente cosas semejantes a estas: “Canta Pereda y píntame los riscos de tu montaña; canta y hazme oír los rugidos del vendaval y el bramido de las olas; canta y muéstrame respirando y vivos a tus héroes; canta y muéstrame sus almas y sus corazones; canta porque el chorro potente de tu canto en el que vuela robusta y rica la lengua de Castilla me hace gloria de que sea esta también mi lengua; canta porque tu voz es sonora, tu voz es segura y siento paz y descanso oyéndote; canta porque en tus fuertes notas hay tesoros de ricas poesías porque tú solo tienes más íntima dulzura que docenas de escritores; canta porque tú sabes fondear con tu canto la grandeza y la poesía de las montañas, del cielo y del inmenso mar sobre todos los hombres; canta porque eres un gran cristiano y mereces toda confianza; canta porque tu canto me robustece y viriliza el alma con sus grandiosos panoramas de la naturaleza y de los corazones, ¡Canta, Pereda, Canta!”.

Día 11.6.33

Quiero vibrar un momento en la prosa sonora que exprese, sin trabas ni ideas, las ganas que siento de saltos enormes de largas carreteras, de trotes sin riendas; quiero saltar porque siento mi cuerpo y mi alma ha tiempo ya presos y atados; quiero volar por el cielo sin límites bogando en las alas de un raudo deseo, y todo son lazos y todo son cadenas que impiden mis libres anhelos y me atan el alma a la tierra y sujetan mi lengua a los moldes estrechos y duros de humano lenguaje ¿Por qué las ansias que no tienen compás ni medida tendrá que estrecharse encogidas en la cárcel exigua y raquítica de muertas palabras? ¿Por qué no han de brillar luminosas rasgando el espacio con trazos de rayos? Aym y ¿por qué este luchar incesante de grandeza y miseria de deseos de ángel y de obras de bestia y de tierra? ¿Por qué estarán juntos el espíritu que quiere cernirse como águila en lo alto del cielo y este cuerpo mezquino y podrido que tira con fuerza hacia el fango? ¿Por qué, cuando quiero hacer el algo grande, hacer algo bueno, me siento rendido y sin fuerzas? Es que estoy desterrado, estoy prisionero y la patria está lejos, muy lejos... ¡Oh, patria querida, que vuelo en los anchos espacios clavados los ojos en el bien infinito! ¡Qué carrera a saciarme por siempre de bien de belleza! Y después por siempre saciado y de dicha repleto.

Día 16.6.33

Canta, alma mía, porque eres dichosa, porque tu Dios con bondad infinita te cuida y te mimas, canta y llena el espacio tu voz agradecida en un himno de gracias a este Dios que te sufre con paciencia infinita.

Día 17.6.33

Acabo de oír “El Rey de los Elfos”, con música de Schubert. Siento la mano del Rey de los Elfos en mi espíritu y el galopar del piano que encierra dentro de sí aquella otra melodía (como se llame en términos musicales) llena de tristeza; parece que se siente el frío de la niebla abrazada a las ramas de los árboles. ¿Al Rey de los Elfos no ves, padre, allí?, pregunta el niño; y el padre le responde: “es sólo de niebla un blanco girón”. “¿No escuchas, oh padre, no escuchas su voz, las cosas que ofrece si voy de él en pos?”. “No tiembles, mi niño, no tiembles mi bien, son hojas que giran en loco vaivén”. El niño sigue preguntando con ansia y fervor a su padre: “Oh, padre, mi padre, ¿del bosque al través del Rey de los Elfos las hijas no ves? Y su padre le responde: “Hijito, son sauces, los sauces no más, que mueven sus ramas con lento compás”.



Esta balada deja en el alma toda la tristeza de la vaporosa tragedia que cuenta. Sin duda que la traducción pierde, pero yo creo que con la música gana lo que pierde. Hay en ella toda la vagarosa melancolía de un bosque del norte en invierno.

Día 6.7.33

¡Si yo supiera escribir como Pierre L`Ermite! Es un escritor y un apóstol, un alma sensible, delicada, y un conocedor de las llagas y miserias de la sociedad en que vive; sabe levantar con su pluma todo lo bueno y lo noble y acuchillar con los golpes agudos y certeros de su sangrienta ironía como los vicios y la maldad. Qué agilidad de estilo, qué soltura de lenguaje; escribe como quiere. Voy a leer sus cuentos para ver de adquirir algo de sus dotes.

Día 8.8.33

Illunabarra. Este canto roza las más delicadas y profundas cuerdas de mi sentimiento, flota en él una melancolía de atardecer, pero melancolía sana y robusta, melancolía que nace en el alma al sentir, mientras el día muere coronado de toda su pompa, cierto como dulce vacío de cosas más grandes que las de este mundo, al sentir esa suave y serena felicidad mensajera de otra mucho más suave profunda y serena que nos espera tras los límites de esta vida. Yo quisiera oír el “*Illunabarra*” en un esplendoroso atardecer o casi mejor en uno de esos crepúsculos que nos hacen sentir a Dios que gobierna tanta belleza. Yo he hecho algunos exámenes de la noche mirando al poniente, y nunca he sentido tanto la presencia de Dios, ni su paternal mano.

Día 12.8.33

Hay mirando al noroeste por mi ventana una hilera de copudos árboles cuya silueta negra y caprichosa recorta el cielo en los claros crepúsculos de verano. Se percibe desde mi mesa el temblar gozoso de las hojas que el viento besa. Este agitarse de las hojas que el viento besa me produce una íntima alegría. Las golondrinas también parece que están contentas. Trazan veloces sus zigzag. A unos veinte metros un chopo balancea suavemente su larga silueta y más cerca todavía un árbol que se parece al sauce columpia sus caídas y finas ramas. Allá donde el cielo limita con la tierra todo es luz y en mí alrededor todo calma.

Día 14.8.33

El Sol descende a descansar en los brazos de la noche alumbrando en su bajada el lluvioso paisaje. El verde de los árboles se hace más claro y vivo al ser lavado por la lluvia y alumbrado por el sol; en cambio, los ferrosos caminos se oscurecen. Mientras escribo, se oye llegar a los juniros apresuradamente huyendo del chaparrón que comienza. Todos charlan con gran animación. ¡Es que traemos tantas cosas que contar después de un día de sol, aire y baño!

Día 27.8.33

Cómo me encanta el campo, cuánta belleza. El esplendoroso sol baña de luz el ambiente; el cielo apoya su enorme cúpula sobre la línea del horizonte; pasan lentas nubes que semejan inmensas montañas de blanquísimo algodón en rama y los prados donde pacen las tranquilas vacas; las terrosas piezas aradas hace poco, los campos verdes de remolacha, los bosques, los pueblecitos de irregulares formas que se extienden hasta perderse de vista formando variadísima y caprichosa alfombra... Qué diferentes impresiones causa el campo en un mismo día.



Los amaneceres, en general las primeras horas de la mañana, nos alegran el alma; nos abren y ensanchan el espíritu; una pura, fresca y juvenil alegría nos invade alma y cuerpo; es el día que se abre a una nueva vida.

Las horas de calor y de luz inmensa, son las que menos impresión me producen; me gusta también entonces la naturaliza, pero parece que no se me comunica con la suavidad y el encanto dulce de la mañana y del atardecer; no me habla el campo; parece que está absorto en sí mismo; son las horas de trabajo, las horas de vida madura, las horas de pleno y vigoroso desarrollo, las horas en que la faz del campo noble y bellamente seria no habla de ternuras, ni nostalgias, sino de la vida práctica, de amores fuertes y de grandiosos y macizos ideales.

La puesta del sol y el crepúsculo es la hora en que se pasa de una paz profunda a una dulce melancolía. La puesta del sol es muchas veces majestuosa y llena de color y vida, pero de una vida que se va, de una vida que consume sus últimos fulgores, es el día que se engalana para morir. Y ese consumirse de la luz y el apagarse del color produce en nuestra alma la suavísima nostalgia de eternos fulgores, de más allá de infinitas dulzuras, de una patria de perenne y reposado gozo.

Sin duda que, entre todas las horas del día, la que más nos habla es el atardecer. Se siente a Dios en la solemne calma de los crepúsculos de verano y más que nunca se reconoce padre, padre nuestro. Hay dos altos y negros álamos en el fondo de un camino que se me figuran en los crepúsculos, los centinelas de la llanura que reposa. Su copa es esbelta y airosa, y se destaca angosta sobre la claridad que el sol deja al hundirse en el horizonte; todo en su alrededor parece que descansa, solo ellos velan en silencio y mueven de cuando en cuando su copa lentamente. Yo no sé qué tenéis, álamos de la llanura, que atraéis mis miradas siempre que contemplo la paz de los atardeceres.

Día 9.9.33

Estos días he visto delante de mí un rebaño inmenso, cubría un país entero; las ovejas eran miles, cientos de miles, eran seis millones y todas balaban tristemente porque no tenían pastor ¡seis millones de ovejas sin pastor! ¿Qué sería de un rebaño así? ¿Qué será de un rebaño de almas de seis millones? ¡Y qué crimen tan grande no será que yo, su pastor, me eche a dormir y no me cuide de ellas sino raras veces!



2. Filósofo en Marneffe (Bélgica)

Día 19.9.33

Hoy han venido los Benedictinos de Amay o monjes de la Unión de las Iglesias. Toda la comunidad ha asistido a la misa en rito eslavo. Hemos comulgado todos bajo las dos especies. Parece que se siente más que allí esta Jesucristo y se agradece y aprecia más la dignación de haberse empequeñecido y escondido en aquel poquito de pan y vino que cabe en la cucharilla de la comunión.

Yo no me he podido dar cuenta de toda la solemnidad y devoción de la liturgia que San Juan. Crisóstomo compuso, porque no sabía la significación de las ceremonias, porque no entendía las oraciones y sólo podía apreciar lo más exterior, lo que ven los ojos. Estando preparado para una misa de rito oriental, todo tiene que ayudar a la devoción y a la grandiosidad. Los ornamentos de vivos y agradables colores, la larga y cuidada cabellera de los sacerdotes y del diácono, las barbas venerables, las inclinaciones de cuerpo y alzamientos de manos al cielo, la música litúrgica dulce con una dulzura de tierno y filial corazón, profunda en sus afectos, devota y seria, todo da realce al santo sacrificio, pero sobre todo las oraciones, oraciones llenas de caridad de fogoso amor, de humildad sencilla, de reverencia profunda.

Día 4.10.33

Ya estoy instalado en el *Chatillo*, creo que para todo el año, si Dios me da vida. Esta mañana he salido a rezar el rosario; hacía frío, los prados estaban blanquecinos por la escarcha, el sol se elevaba por encima del bosque, me daban ganas de saltar de alegría al ver la frescura de la mañana y esos colores que presenta la naturaleza envuelta en los sutiles velos de una ligera niebla que el sol ilumina.

Que alegría siente mi alma
al mirar el nuevo día
alegría que con calma
se transfunde al pecho mío
y del pecho se levanta
hasta la boca en un cantar
un cantar que me confunde
con las gotas de rocío
que en los prados a millares
cantan, cantan, ríen, brillan
despertadas por el sol
y el cantar desde mis labios
cruza el río y llega al bosque
que descansa entre la niebla
y recoge sus sonidos
sus murmullos rumorosos
silenciaros quejumbrosos
que recuerdan las historias
que yo oí en mi tierna edad



desde el bosque mi mirada
perseguida por mi canto
se encamina hacia el oriente
donde fúlgido en su trono
revestido de brillantes
sobre alfombras de rubíes
de los astros brilla el Rey
y mi canto se transforma
se transforma en himno heroico
que resuena poderoso
bajo el cielo inmenso azul
y bendice sus grandezas
sus dulzuras sus ternezas
y se adora a ti Señor.

Día 15.10.33

La blanca mano de P. Láspita ha rizado sobre una hoja del siglo de las misiones un escrito gentil. Gráciles líneas que encierran entre sedas dos suspiros vaporosos. Filigrana sutilísima tejida por un mago de la idea que ha logrado fijar en el mármol de la ilusión mil conceptos fugitivos, los ha impreso, los ha tallado y, con todo, más bien que perder su vida independiente parece que respiran con finísimo álito propio de las concepciones que todavía aletean libres por las etéreas regiones del pensamiento. El P. Láspita posee un estilo saltarín con sentimiento esfumado hasta llegar a perderse entre las indecisas fronteras del gemido y de la nada problemática. En suma, un hada del siglo XX mueve sus dedos y borda sus pensamientos.

Día 5.11.33

Quiero escribir como escribiría la niebla, como escribiría el suspiro, como escribirían la nada y la ilusión. Quiero escribir etéreas y vaporosas líneas como si escribiera con un rayo de luz ¿Cómo se fijaría una nota triste... larga... y dulce sobre el papel? Así quisiera fijar mis ideas incorpóreas. ¡Bosque que duermes vecino a mí! Préstame tus amores, tus silencios, tus quejidos, tus sombras y tus luces mortecinas, bosque amigo, préstame tu oración, tú que rezas con tus manos secas elevadas al cielo entre la niebla.

Son las hadas las que danzan en el bosque. Oye bien, son las hadas. Cántame además. Tu canto es melodioso, veo girar allá en la espesura sus túnicas sutiles y blancas ¿Por qué danzarán hoy las hadas? Yo no lo sé. El bosque las mira en silencio. Parece que está apenado y tiene frío.

Las hadas han huido empujadas por el viento que se ha despertado y agita las ramas. Las ramas en lo alto y las hojas secas en el suelo se quejan amargamente del viento que las maltrata sin piedad. El viento les contesta con su largo silbido y pasa sin hacerles caso.

Las sombras que habitan en el bosque tiemblan amedrentadas Tienen mucho miedo mucho. Viven como ermitaños en lo más escondido de la espesura. Se esconden de la luz que penetra por entre las ramas ¡Me dan una pena estas tristes sombras! Durante la noche rezan sus monótonas letanías. De día lloran en silencio.



El bosque reza entre la niebla que le abraza entre sus gasas frías, reza durante todo el invierno. Está descarnado. Pide ropa.

No he escrito lo que quería. Mi intención era mariposear en prosa por el cielo de la poesía. Me produce tedio escribir así. ¡Que disparate!

Día 12.11.33

Estos días pasados, mi imaginación ha tendido sus alas y ha recorrido regiones en las que no había yo pensado. He dado varios paseos en busca de instrumentos prehistóricos y de fósiles. A mí lo primero que se me ocurre en presencia de estos objetos y de los fósiles es pensar en qué cosas habrán visto durante su larga vida. Y más que a conjeturar sobre el uso que harían los dueños de esas piedras talladas, los cráneos que romperían con ellas, las fieras con que lucharían, la vida familiar que contemplarían, mi imaginación se va a los fósiles y me vienen ganas de preguntarles qué espectáculos contemplaron durante su vida, con qué animales vivieron, qué comieron... y, sobre todo, qué han visto desde su enterramiento durante tantos miles de años, qué fríos y qué calores han sentido, que estremecimientos y convulsiones de la tierra, cómo y cuanto tiempo bramó el mar sobre ellos, que animales y que árboles gigantesos vieron nacer y morir en su alrededor... Esto y mucho más quisiera saber de ellos, y aunque se lo demando con mi mirada se quedan indiferentes y en mi tranquilidad y reposo. Nada les impresiona ya. ¡Han visto tantas cosas!

Mi curiosidad quisiera saber más de ellos, quisiera que me respondieran cómo era el primer hombre que con paso desconfiado y ojo atento pisó por primera vez sus cercanías, cómo vestía, cómo hablaba, de qué vivía quiénes eran sus compañeros...

Día 10.12.33

He pensado en mi musa, he evocado su figura y se me ha presentado llevando en sus manos las riendas del huracán y el látigo del rayo; su larga y suelta caballera flotaba tendida sobre el viento veloz; respiraba con fuerza y pensaba en grandes cataclismos. Mi musa es bella, pero no con la belleza de las flores; ha nacido contemplado a sus pies las gigantes montañas y el mar enfurecido; la belleza grandiosa del mar y de las montañas se ha reflejado en su semblante. Por eso, no ama el deslizarse por los jardines. Le gusta volar sobre las cordilleras.

Cuando se sienta a cantar, elige un risco, un risco agudo y solitario que se eleve como un brazo que la tierra tiende al cielo, y allí canta con voz dulce pero potente. Los ecos de su canto descienden entre peñas, hasta los hondos y lejanos valles donde remansan su armonía. Mi musa entonces, al ver la sierra a sus pies acariciada por la dulzura de su canto, se sonríe y aspira como un río de paz por sus mansos ojos la belleza que a raudales repartió Dios sobre la tierra. Los grandes y tranquilos espectáculos del cielo y de la tierra saturan de paz su corazón, pero casi es más aficionada a contemplar las tragedias titánicas de la creación.

Día 28.1.34

Siempre que me he puesto al contacto con una necesidad espiritual o corporal he sentido en mí un ardiente deseo de remediarla; cuando he llegado a sospechar por los escritos las grandes miserias de la humanidad, me han venido ímpetus de volverme a los grandes públicos, a las masas indiferentes que ruedan por nuestras poblaciones y deteniéndolas en su marcha quitarles con una voz llena de dolor y de energía: Atención, ¿no sabéis lo que pasa?...



¿No sabéis que a la vez que mi voz suena (por ejemplo, en Rusia millares de voces de niños que clavados delante de sus madres les gritan suplicantes: pan, pan, madre, dame pan? ¿Y no sabéis que hay millares de madres que sienten estallarles de dolor el corazón porque no tienen hace ya días ni un pedazo de pan para sus pequeñuelos hambrientos, y que para no contemplar la terrible agonía prefieren abandonarlos solos a la muerte?

¿No sabéis (y perdonadme la crudeza de las frases porque son pura realidad) que ha habido madre que rodeada de sus hijos hambrientos y de su marido ya cadáver se ha visto obligada a cocerles la carne de su propio padre y cuando esta se hubo acabado, a moler los huesos para hacer con ellos la última sopa que había de probar?

Vosotros no sabéis estas cosas. Yo no puedo creer que seáis tan duros de corazón. ¿Cómo, si lo supierais, a la misma hora en que agonizan tantos millares de niños rusos habláis de malgastar nuestro dinero en caprichos y vanidades? Imposible. Yo creo que no hay uno entre los que me escuchan que, sabiendo que esas pesetas que él prodiga en la entrada para un espectáculo habían de ser la salvación de un hambriento ruso, prefiera tan mezquino gusto al de saber que esas pesetas transformadas en salvadores alimentos han de devolver la vida a un moribundo.

Día 4.2.34

Hoy aparece en este simpático periódico las palabras que yo pronuncié antes de ayer a 20.000 km de distancia. ¡Cuánto han corrido! Pero ya están hospedadas en las hospitalarias columnas de “La ...”

Amables lectores, yo soy un misionero de China. Hace ya un mes largo no he hablado en castellano y he sentido impulsos de hacerlo de cualquier manera que fuese. Además, os tengo que comunicar algunas cosas. Otro día no hubiese tenido tiempo, pues a esta hora tenía que explicar el catecismo en mis escuelas.

Hoy me queda tiempo, pues las escuelas están vacías. Ayer se me terminó el último bocado de arroz para mis niños y he tenido que mandarlos a sus casas.

Cómo han lloraban los pobrecitos. En toda la región reina la miseria y muchas familias emigran creyendo que van a encontrar socorros en las grandes ciudades. Parte el corazón el ver por los caminos a niños que acompañan fatigados a sus padres pidiéndoles el arroz que ellos no pueden dar.

En esta población han prohibido la entrada a los hambrientos del campo.

Quizá vosotros no sabéis como es esta Chen-fou. Tiene uno 25.000 habitantes. Son todos paganos, exceptuados unos 500 cristianos. Aquí tengo una iglesia con su casita anexa a un grupito de escuelas, tres de niños y tres de niñas. Mi soñado colegio aun no levanta un metro del suelo.

Si el Sagrado Corazón me da recursos yo espero yo espero que por medio de el Chen-fou conocerá a Jesucristo. Varios paganos acomodados me han preguntado cuándo espero poder terminar las obras, pues quieren mandarme a sus hijos.

Mientras escribo, mis dos monaguillos juegan con una pelota de goma que les regalé el día de Reyes. Me la mandaron de Bilbao. Con envidia les miran sus compañeros. Un chute desviado y la pelota se cuela botando en mi cuarto. Al momento llaman a la puerta. Son los dos monaguillos.



Entran jadeantes y riéndose. Si los vieran los lectores de "...", me los pedirían para botones; son dos simpatiquísimos chinitos, muy listos, y despabilados. Les estoy explicando un poco de latín para mandarles al seminario. Los dos quieren ser sacerdotes ya hace tiempo. Al ver que no escribo con caracteres chinos se me quedan mirando muy serios y me pregunta Li, que es más curiosillo, ¿a quién escribes, Padre? A mis amigos los lectores de "...", y les enseño un número que tengo sobre la mesa. Li abre las grandes hojas, y sus ojillos rasgados corren por las columnas sin detenerse en ellas. Pasa muy serio una hoja, después la otra, y llega a los anuncios. La hermosa y sonriente cara del señor del "digestónico" le llama agradablemente la atención y me dice: Padre, ¿como se llama este señor? Su pregunta me hace reír, y le respondo que no lo conozco. Entonces observa Tong que debe ser algún mandarín de Occidente. Li le contesta que no debe ser mandarín pues estos tienen el rostro más severo. Pasan la última página. El anuncio rojo les llama poderosamente la atención. La caricatura les hace reír regocijadamente. Cuando se serenán, me pregunta Tong a ver dónde colocan una carta. Yo les enseño la columna poco más o menos y les digo que mi carta la leen allí varias miles de personas. Entonces me pregunta Li: Padre, y son buenos los lectores de "...". Muy buenos y os quieren mucho a vosotros los niños chinos y me mandan limosnas para las escuelas y para el colegio que voy a hacer. Entonces, objeta Tong, estarán todos bautizados, ¿no?

Yo lo creo, le responde Li, y desde pequeñitos. ¿No sabes tú que en Europa bautizan a todos los niños antes de que se hagan grandes y malos? Li me mira esperando mi asentimiento... Así es Tong. Bueno, ahora, id a hacer una visita a Jesús. Le tenéis que decir que premie a los lectores del"...", porque son tan buenos con los chinos. Salen alegres de mi cuarto y bajan a saltos la escalera. Mientras atraviesan el patio, oigo que le dice Tong a Li: "Oye, qué le vas a decir tú a Jesús para los lectores de "..."? Yo, que sea muy bueno con ellos y que les dé muchos beneficios. Y ¿tú? Pues yo he pensado que, como hace tiempo no llueve, se perderán los campos de arroz de Europa, y por eso le voy a decir a Jesús que mande que llueva para que no los lectores de "...", tengan mucho arroz este año y no tengan hambre. Después siento que entran a la iglesia.

Ahora estará Tong pidiendo a Jesús que ausente el hambre de los hogares de los lectores de "...". Es muy natural: como aquí no oyen hablar sino del hambre y yo los he tenido que disminuir la ración de arroz...

Día 6.5.34

Sueños de apóstol giran en mi mente. Sed de almas fatiga mi alma. Ver a menudo a Jesucristo que extiende delante de mí su mano soberana y me señala con pena los inmensos campos blancos ya para la siega...

Divina misión, encomienda sublime en la que va encerrado el cuidar de miles, de millones de almas... Apóstol... ¡qué hay sobre la tierra que le sea comparable!

Los hombres que salvan un pueblo de la ruina material, los que lo elevan y robustecen, sienten sobre sí un peso inmenso, una responsabilidad que aterra. Los hombres, al contemplarlos moverse con acierto en las alturas del poder, se admiran y los veneran.

Y el apóstol... ¿qué es el apóstol? Oh, el apóstol es el hombre que, traspasando con su mirada iluminada los límites del presente y de la materia, contempla ante sí y delante de toda la humanidad el panorama de los años eternos y de la perpetua vida. Es el hombre que contempla la tierra como una estrella perdida en la inmensidad del cielo.

**Día 10.5.34**

Erase que se era... una coneja. Un día, en el jardín, vi debajo de mi ventana a un conejo que, sentado sobre sus patas traseras, escarbaba con rapidez. Sonó el ruido de un carro que se acercaba por la carretera. El conejo escuchó atento y sin moverse. Cuando el carro se alejó, volvió a su faena. Se veía que una preocupación le atormentaba. Corría solícito de un lado para otro. Cuando se abría la puerta, escuchaba y, si alguno entraba en el jardín, huía al bosque, pero al poco rato aparecía en la linde de la maleza, se paraba un rato, cruzaba la carretera, entraba en el jardín, se volvía a detener escuchando y subía la rampa.

Día 9.8.34

Me dirijo al cuarto del P. Morillo. Temo no encontrarlo o hallarlo ocupado, pues el P. es muy simpático y tiene numerosas y largas visitas. Por fortuna, no hay nadie. El P. me recibe sonriente, levantando la pluma y atusándose la corta barba oriental.

Pronto me tiro a fondo pues la sencillez del P. me inspira confianza. Padre. ¿qué me dice de su querida misión entre los cismáticos? (los abuelos de estos cismáticos fueron católicos, pero bajo el dominio ruso que no perdonó violencias ni martirios fueron pasando estas regiones al cisma).

El P. recorre a grandes rasgos las principales obras de la Misión, "Hay en Polonia tres millones de cismáticos", me habla con cariño de su seminario de Dubno, donde él es profesor. Es una fábrica de apóstoles de la Unión de las Iglesias. En este seminario se formará el ejército escogido que en un mañana no lejano penetrará en Rusia predicando la unión de todos los cristianos bajo un solo Pastor. Dubno está sólo a treinta km. de la frontera rusa. Me cuenta el Padre las privaciones que tienen que pasar los seminaristas. El edificio se cae de viejo, no tenemos casi libros, pero trabajamos con afán; y entusiasmo este año se han ordenado cuatro nuevos sacerdotes.

Hoy, englobados de nuevo en una nación católica, sienten la suave atracción de Roma. El pueblo, y hasta el clero cismático desea dar el paso de unión. Aquí el P. sonrío tristemente. ¡Qué lástima, me dice, que por ahora tengamos nosotros mismos que detener ese movimiento de conversiones del clero cismático!

No entiendo, Padre, ¿detener las conversiones...! No sé, me escandalicé. Ya verá Ud. por qué. Esos sacerdotes ortodoxos tienen ahora un sueldo del estado, que perderían en el momento de hacerse católicos sin que nosotros les podamos compensar en nada; por otra parte, el pueblo es tan pobre que tampoco los podría sostener; de manera que quedarían en la miseria más espantosa al pasarse a nosotros. En vista de esto, nosotros mismos tenemos que darles largas haciéndoles esperar el tiempo en podamos entregarles una asignación modesta si pero suficiente.

Mire, si se resolviera la cuestión económica, el 90% de los sacerdotes cismáticos se harían católicos. Y lo mismo les pasa a los monjes. Cerca de nuestra casa, en Dubno hay un monasterio cismático. Algunos monjes desean convertirse y vienen a nosotros como Nicodemo a Nuestro Señor. Después de confirmarles en sus buenos deseos, tenemos que hacerles esperar mejores tiempos para su conversión. Quien sabe lo que el Señor tiene reservado para el mañana...

Día 1.9.34

Acabo de cerrar un opúsculo sobre los sufrimientos y torturas que padece el clero cismático ruso. Tengo ganas de llorar... Mi espíritu se encoge de horror y mi corazón palpita en ansias de remediar



tanto desastre. Miro al cielo... como para persuadirme de que hay providencia y tengo que hacerme fuerza para persuadir a mi pobre razón de que Dios sacará mayores bienes que tan espantosos males. Quiero estar a solas conmigo y hacer pasar por mi imaginación las escenas de sangre y de martirio que he contemplado. ¡Qué desfile, Dios mío! 300 sacerdotes enterrados vivos.

El vicario de Moscú condenado a trabajos forzados. Se le había señalado una gran extensión de bosque que tenía que talar. Era imposible cumplir tal mandato. Trabajaban de 1 de la mañana a las 9 de la noche. El alimento era insuficiente y repugnante. Se terminó el plazo sin acabar la faena. Aquella noche fue arrojado a la intemperie con los pies descalzos, que al otro día estaban ya congelados. Enseguida moría...

El diablo encargado de dirigir una persecución no habría inventado torturas y suplicios tan espantosos. El plan quinquenal se cumple en este punto y toda la fuerza del gobierno bolchevique se cierra como una enorme y ensangrentada tenaza aplastando iglesias y sacerdotes; un último esfuerzo hecho con cálculo y rabia satánica terminará con los pocos sacerdotes que quedan libres. Y después... ¿soplará para siempre sobre Rusia el viento abrasador del ateísmo?...

Interrogación espantosa...! La historia nos presenta ejemplos semejantes. Ha habido países como el Norte de Africa, Anatolia, Japón, donde un día floreció el cristianismo y donde hoy no quedan más que ruinas de fe y un puñado de cristianos.

¡Rusia, pobre Rusia! Señor Jesucristo, tú que no puedes soportar la desgracia de tus hijos sin que tu corazón se conmueva y sin que tus ojos lloren. Ten compasión de Rusia, perdónala, líbrala, conviértela. Mira, Jesús, que hay millones de niños inocentes que te odian con furia infernal porque así se lo enseñan los hijos del demonio; te tendrán por el mayor bandido y por el hombre que ha hecho más daño a la humanidad. Ten compasión de tantos pobrecitos.....

Las escenas de muerte de sacerdotes siguen pasando por mi mente, y a la hora en que esto escribo se están desarrollando miles de tragedias como las que acabo de leer... Sin embargo, el mundo se divierte y las naciones más fuertes pactan con la URSS. Esto es espantoso.

En toda Siberia no queda un sacerdote. Lo mismo sucede en otras demarcaciones rusas...

Día 5.10.34

Me han dado un lápiz nuevo. ¡Que tesoros se esconden bajo su humilde apariencia! Ese lápiz puede hacerme más grande que Homero. Con él puedo defender a la Iglesia más que todos los Santos Padres Juntos. Me basta para dejar pequeño a Demóstenes. Su negra mina se podría convertir en la salvación de millones de almas. Con un dedo de él podría contar más muertes que la guerra europea. Los trazos, convertidos en notas, me pondrían sobre Beethoven. Más aún me ofrece materia para todas esas superaciones juntas... y, sin embargo, con ese lápiz no me levantaré un dedo del polvo de la vulgaridad. ¡Qué contraste!

Si un lápiz puede dar tanto de sí... ¿qué será un hombre que exprima todas sus energías naturales y sobrenaturales? Un gigante del espíritu. Un santo.

**Día 3.11.34**

Yo soy apóstol o, lo que es lo mismo, repartidor vendedor de felicidad... de felicidad eterna... ¿Puede haber un vendedor de felicidad con rostro triste? La cara del apóstol debe ser un manantial de alegría.

Día 5.11.34

La asignatura principal, absorbedora, para un joven jesuita, la asignatura que se continúa a lo largo de toda la carrera y cuyas clases terminan en el último suspiro es... Jesucristo. Asignatura de conocimiento, asignatura de amor, asignatura de pasión ardiente, asignatura de enloquecimiento por Jesucristo.

Asignatura de conclusiones eternas, de descubrimientos magníficos, de horizontes celestiales, de bellezas y placeres divinos. Asignatura que pondrá tales medios en nuestro poder que seremos suficientes para sostener a las naciones, a los pueblos, en vilo en su caída, para levantarlos cual divinos atlantes y acercarlos al cielo.

Día 6.1.35

Soy apóstol o, lo que es lo mismo, templo vivo de las almas, hospital de entendimientos y corazones descarriados, fortaleza de refugio, para los que caminan a la eternidad, pero orientador, altavoz potente de la gracia.

Quiero escribir y no sé de qué sentimientos esfumados, pero insistentes, llenan mi alma, como la neblina las llanuras belgas.

¿De qué voy a escribir? No tengo una materia determinada de que hacer un artículo, no he tenido mociones o ideas luminosas que derramar sobre el papel y, sin embargo, quiero escribir.

Este deseo parece algo nuevo y veleidoso. El origen de este deseo debe ser que he pensado con frecuencia los días pasados sobre la necesidad de poseer un estilo suelto ágil y vigoroso, que sea un arma de que pueda disponer en todas las ocupaciones a que me dedique la obediencia. Si voy a China, por ejemplo, y me pongo al contacto con el gigantesco problema de la conversión del mundo infiel, sentiré en mí ansias enormes de hacer llegar mi grito de combate a tantas almas jóvenes y buenas a las que sólo les falta oír una voz pujante para dedicarse al apostolado de infieles. Habrá momentos en mi vida de misionero en que desearé la amargura de las lágrimas de todo el mundo para inyectarlas en una llamada de socorro. Otras veces desearé todo el júbilo del triunfo y toda la esperanza de los grandes corazones para cantar las virtudes del Señor.

Para esto me hace falta una pluma obediente a los latidos de mi corazón y fácil a los ardientes y luminosos conceptos que me dicte el entendimiento.

Qué galería de cuadros hermosos, cosas ruines, de miserias, de rarezas exóticas, de actos heroicos, de perspectivas y planes apostólicos de almas bellas y nobles, de curiosidades históricas, de narraciones emotivas y atrayentes han desfilado ante mis ojos para ir a perderse en un empolvado rincón de mi memoria, si no tengo una pluma que las estampe y las fije sobre el papel.

Día 18.2.35

Estoy cansado y triste. No sé lo que pasa estos días por mí. He perdido las alas con las que hasta hace poco volaba en ideales de gloria y de santidad. Ya no contemplo el mundo desde la altura,



con mirada de águila y con pensamientos de apóstol. Estoy cansado y triste. Me siento pequeño y raquítico y en todo el día no parece que acierto a mirar otra cosa que mi oscuro recinto interior. El mundo parece en mi derredor. La inmensa China me llama angustiada, Jesucristo me mira bondadoso y paciente mostrándome su corazón. Y yo, con una mezquindad sin nombre, no hago caso de las almas que perecen ni correspondo a mi Amigo y Señor.

Me siento sin fuerzas para todo lo bueno y hasta para moverme. Mi cabeza no se siente segura, y los brazos y piernas me flaquean lacios y perezosos.

Me da vergüenza pensar en los hombres grandes y en los santos que, agotados y enfermos, no cesaban en la prosecución de su ideal. En aquellos pechos había un incendio sagrado que todavía no ha prendido en el mío.

¡Que pequeño soy! Si yo me muriese ahora, no sería más que un insecto que pasó sobre la tierra con vuelo efímero y fugaz y que va a morir con los primeros fríos en un rincón olvidado.

Este pensamiento me llena de tristeza y de amargura. Vivir más años para morir. Qué fría y lóbrega me parece la muerte. Eso de ser dentro de unos días una cara podrida y un cuerpo asqueroso, me postra y me quita las fuerzas. A mi muerte, me seguirían más lágrimas y algunos recuerdos amigos y otros indiferentes y todo se terminó para mí sobre este mundo.

Mi fe me sale al paso y me hace mirar hacia la altura. Hombre ruin, me dice eres barro pero no te hundas en tu propio y triste fango, porque eres también más que barro, eres espíritu y te espera otra patria, patria de luz y de descanso saturado de infinito y armónico bienestar. Sobre la tierra, dejarás unos huesos fríos sobre los que caerán unas lágrimas y unos pensamientos amigos pero con eso no habrás terminado, pues sobre ti descansa una represa de amor. Serás más que una cara podrida y un cuerpo asqueroso, serás una canción de eterna dicha y un luminoso y ardiente monumento de la misericordia del Ser que más te amó. La apacible mirada de unos ojos amigos descansará sobre tí y tu corazón se sentirá estrecho para contener tanta dicha y tanto agradecimiento. ¿Estás cansado y triste? Nada temas. Levántate. Lo peor que te pueda suceder será el más exquisito mimo de Aquel que más te quiere. ¡Confía, hijo, Jesucristo te ama!

Me siento reanimado con estos pensamientos. Es verdad: Soy pequeño pero Jesucristo me hará grande; soy barro y fango, pero Jesucristo hará de mí una eterna canción de su amor; soy pecado y podredumbre pero Jesús, con una palabra de su boca omnipotente, me trocará en monumento perenne de las misericordias de su corazón.

Día 12.3.35

Quiero decir cosas dulces y melodiosas; quiero escribir el rumor de la noche callada, y la tibia y serena melancolía con que la luna ilumina el dormido pasaje quiero que caiga sobre estos cortos renglones. No voy a escribir ideas; voy a estampar los sentimientos misteriosos que me invaden como la neblina que llena los bosques y se abraza impalpable en las ramas tomando formas indescriptibles. Desearía no usar las palabras y poder trasladarlos al papel en forma de rocas inarticuladas que hicieron llorar mansamente a los que las leyeron. Parece que en las riberas de mi alma terminan besándola las olas de esos sentimientos. Luego siento que se retiran y vuelven y la inundan y la llenan por completo y salpican al exterior, inundando mis ojos.



Me siento un momento dichoso pero adivinando cercano un más allá de infinita dulzura; ese sentimiento de dicha se viste de inquieta melancolía y de resignada tristeza.

Día 3.4.35

¿Qué siento? En mi pecho, una dulce sensación y, en mis ojos, la presencia de las lágrimas. ¿Por qué? No lo sé, mi corazón palpita con fuerza y mi lengua inicia frases ardientes. Mi imaginación salta del cielo a la tierra de la alegría a sentimientos frenéticos. ¡Aúlla, pluma mía, y da alaridos de dolor! Ábranse ante mis ojos paraísos de ambiente divinamente iluminado por raudales de luz y de felicidad.

¡Qué habrá detrás de ese profundo cielo azul! ¿Estarán allí las entrañas que me aman? Una melancolía infinita me invade.

Sólo el pensar en las cadenas del raciocinio y mi espíritu se subleva y salta libre y salvaje sobre las rocas de encantadas cordilleras y se asoma a las almenas de castillos medievales y se derrite en luz y en vibración y se sienta plácido en los verdes prados que el sol hace brillar cuando se pone y vaga silencioso por las selvas boreales vestido de niebla y arrastrado por el cierzo helado y corre por las llanuras infinitas de Siberia, cabalgando y en potro salvaje disparado en veloz carrera hacia el horizonte y no se cansa y pide y clama ¡libertad, luz, horizontes, montañas, soledad, desiertos, pues me muero entre cadenas y me ahogo respirando un aire gastado hace ya siglos!

Nunca he sentido más deseos de cabriolas del pensamiento y he mirado con envidia a los reyes de la pluma, que se forjan cuantos mundos quieren y los iluminan con luces encantadoras, y esto ¿por qué? Me siento antiintelectualista porque soy un tonto y a la vez tengo un poco de corazón y fantasía.

Con que compasión contemplé el otro día a un profesor. Explicaba, desentrañaba conceptos... A mí me parecía aquello comer piedra pómez y meterse en un presidio hecho con términos secos y vacíos. ¡Y sin embargo allí debía estar la verdad! Pero esa verdad no es para mí; cuando, después de mucho trabajo, la alcanzo, la encuentro pálida, indecisa, fría... y, entre lo material iluminado, enaltecido, bañado de dulzura espiritual y esa inmaterialidad tenebrosa y glacial, me quedo con la materia enaltecida antes que con los desperdicios de la verdad inmaterial que nosotros husmeamos a través de la filosofía.

Todos estos disparates he sentido y me he visto como forzado a escribirlos para arrancármelos de dentro. Esperemos entre tanto a que reine la serenidad. Hoy he sentido la necesidad de la sinrazón y he pugnado por deslogizar mis pensamientos, he mirado con odio a Kant y a otros varones dignos de más veneración y, alejándome de ellos, me he lanzado al país de la fantasía gritando ¿cuándo reventareis, malditos?

Día 7.4.35

Estoy estudiando en la Historia de la Filosofía a los pensadores modernos, desde Descartes hasta este día en que escribo...

Echo de menos el humanismo compasivo de Cervantes que, con una sonrisa honda e indulgente, vació de la escena del mundo las locuras fantásticas de la caballería andante.



Hoy debía aparecer sobre el mundo un Cervantes de la Filosofía que diese severa, a la vez que paternal y regocijada, sepultura a la Filosofía Moderna.

Cervantes comprendió a los caballeros andantes, los juzgó en su espíritu ecuánime y sereno, los compadeció profundamente y, como prueba de ello, después condenarlos a muerte, les construyó el panteón regio y viviente donde hasta hoy descansan.

¿Dónde se esconderá el genio que labre a la filosofía moderna el panteón ingente y marmóreo que maraville por su belleza e imponga silencio por su grandiosidad a las edades venideras...?

Porque no hay duda de que esa serie de titanes que se alinean hercúleos a través de la Historia de la Filosofía desde Descartes a Bergson, ostentando su poderosa musculatura intelectual, merecen toda nuestra admiración.

Por eso yo deseo darles digna sepultura.

Día 13.4.35

Mi situación ante los profesores y superiores se puede resumir en estas palabras: timidez, soberbia recóndita, independencia y deseo de justificarme ante ellos.

1. Soy lento intelectualmente y voy a mi paso; no siempre al día ni mucho menos: aunque haya entendido las cosas, tardan estas mucho en madurar y ocupar los estantes de mi cerebro.
2. Siento un pudor enorme a manifestar ese proceso interno de elaboración de mis estudios, y esto, aunque tenga la certeza de conseguir plenamente el fin propuesto. Algo así como el que sentiría si me mirase uno cuando me visto y me arreglo para salir decentemente. Después de terminado, que me vean no me importa; antes si, pues me estoy vistiendo intelectualmente y con muchas peculiaridades mías la mar de originales.
3. Como ese vestirse es lento y tan púdico, sucede que, cuando he terminado mi faena, ya no es hora de preguntar, pues ha pasado el tiempo. Eso me ha pasado en la Historia de la Filosofía. Tenía ya escritas mis dudas, pero me llegó el tiempo de examen sin preguntarlas en todo el curso. Muchas me las resolví yo mismo.
4. Como resultado: no trato casi nada con los profesores. El año pasado, fui una vez al profesor de Ética, tres o cuatro al de Lógica y Ontología. Este año he ido dos veces al de Psicología, una al de Teodicea, una al de cosmología y ninguna al de Historia de la Filosofía. Les he hecho algunas pocas visitas más pero de puro cumplido.
5. Como consecuencia, los profesores me dan a entender de una manera u otra que no me preocupo mucho de sus materias y que por lo tanto ando mediano en ellas.
6. De mi parte, veo que estudio con mis flaquezas, con mis lentitudes; pero con un empeño verdadero y que consigo los objetivos propuestos con dominio, aunque sin brillantez generalmente.
7. El aspecto final, es un deseo continuo, aunque no muy eficaz, de justificarme ante los profesores, por creer que no han formado un juicio exacto de mi conducta y aprovechamiento, pero nunca lo he manifestado y he hecho muy poco por darles a entender la realidad, pues veo que, aun suponiendo que no me ciegue al amor propio, yo soy el que tiene la culpa de esa pequeña



inexactitud a la que contribuyen exclusivamente mi lentitud, mi timidez mezcla de soberbia y de pudor y mi independencia, resultado de todo lo anterior.

Antes, esta situación se traducía para mí en cierto malestar que yo no sabía explicar, pues no veía claro lo que me pasaba; pero poco a poco se me ha ido desarrollando la personalidad y me he ido conociendo gracias sobre todo a las cuentas de conciencia. Ahora, no me preocupa esto tanto, aunque a ratos pienso en ello.

Como se ve por esto, debajo de mis apariencias despreocupadas hay algo de susceptibilidad y suspicacia y una sensibilidad delicada que me ha hecho sentir mucho algunas pinchadas aunque, como tengo buen corazón, nunca me ha causado animosidad contra otros y se me olvidan pronto.

Lo dicho tiene un valor muy secundario en mi vida interna y entre las cosas que me preocupan esta estará allá por las de tercer o cuarto grado.

Con los Superiores:

Ese deseo de justificarme ante los profesores reviste una forma algo parecida ante los superiores.

1. Yo veo que causo a mis compañeros y superiores una impresión de hombre flojo, comodón y que vive en un honesto pasar; esto me lo han manifestado muchas veces de una manera o de otra. Parte por eso, caigo bien con todo el mundo, pues un tipo así no es temible para nadie. Yo, por eso, no me ofendo y, aunque lo siento, hago como que no, y me río, pues veo que tienen razón para ello. Antes no me convencía de esto, pero ahora lo veo claro.
2. Como digo, lo siento, pero prescindo de ello, diciendo para mis adentros: es verdad, soy eso, pero también soy más que eso; y en ese “soy más que eso” me siento a mil kilómetros de distancia de ese “soy eso,” es decir, de ese hombre flojo y tímido, sonriente y bartolo
3. Antes, cuando sentía un pinchazo en este sentido, reaccionaba mi interior, pero de una manera ciega y como con una muda protesta que decía vagamente pero con fuerza: “eso no es verdad”, aunque no sabía por qué, no era verdad.
4. Después, he ido conociendo mi temperamento flojo e idealista, lento y ardiente, bondadoso y colérico, dejado y constante, honradote por fuera y sentimental por dentro.
5. Esto me va dando la persuasión de que en mí viven dos extremos sin término medio y que los dos son verdad...
6. Por eso, la manera de reaccionar a los pequeños pinchazos ajenos ahora es distinta: mucho más serena, más clara, más convencida: veo y tengo la persuasión de que soy eso, pero también veo y estoy persuadido de que soy más que eso.

Creo que en esto hay menos soberbia que antes. No sé si me engañaré y es que es más sutil y escondida.

Para sensibilizar este estado de ánimo con un ejemplo, yo diría que me sucede lo que a un hombre de poca apariencia que, teniendo mil pesetas en el bolsillo, dijeran: “Ud. no tiene dos pesetas, se ve a la legua”. Al oír esto, no se inmutaría nada, ni sacaría el dinero que tiene, pero quedaría en la serena y tranquila convicción de que tiene mil pesetas. Algo de eso me pasa a mí cuando, por ejemplo, me dicen: “Si yo estuviera en su cuerpo, me moriría a los dos días”.



Ahora yo pregunto: ¿hay algo de verdad en esto o todo es ceguera de amor propio y deseo de estima que nace de una soberbia refinada? ¿Es sólo presunción propia ese deseo de que me conozcan los superiores en esto que yo creo que soy o, aunque se mezcle algún engreimiento, hay un fundamento de verdad?

Yo ahora no puedo responder objetivamente a esta pregunta, pero diré lo que en este momento creo: Aquí hay soberbia y deseo de estima y aprecio, pero también la seguridad de poseer cualidades afectivas, de cierto buen sentido de las cosas, de cierta naturaleza viril y amante de lo grande y de lo bello y de lo noble, superiores a lo ordinario que yo veo en otros. Tengo también la seguridad de que esas cualidades me hacen notablemente débil por un lado, pues el corazón me pide con gran fuerza lo que no le puedo dar y el buen sentido me entierra en un modesto pasar sin estridencias y me sujeta al respeto humano más servil. Y esa naturaleza viril y amante de lo grande, de lo noble y de lo bello me hace soñar concepciones grandiosas y me hace sentir corazonadas apremiantes, sin cuidarme tanto de la prosa de las ocupaciones ordinarias; con facilidad, también me engríe y hace que a veces no me mida por las obras, sino por las ideas y hasta que mire con cierta compasión a otros; Por otro lado esas cualidades yo creo que me hacen especialmente apto para un apostolado ardiente, pues el corazón me lleva a una compasión inmensa por las grandes miserias de la humanidad y el buen sentido hace que caiga bien en general en todas partes y que me aproveche y asimile los materiales que me ofrecen los hombres, los estudios y las cosas y esa naturaleza viril y humana me dará fuerza plástica y personalidad en lo que produzca y me llevará como instintivamente a lo principal, a lo importante y decisivo en las empresas y me hace amar y sentir con vigor la naturaleza muerta y las grandes obras literarias y hace que me entusiasmen las grandes perspectivas del arte, de la historia, de la filosofía, de la fe... Un apostolado en grande me seduce.

Estos dos aspectos hacen que me sienta humanamente a veces raquítico y miserable y a veces también colosal.

Esto ya veo que no me pasa a mí solo sino que tiene que ser la historia interna de todos los hombres, pero creo también con persuasión ahora por lo menos invencible de que en mí se acentúan esos dos extremos.

¿Quién decidirá la batalla? Sólo un amor que sea pasión y delirio por Jesucristo. Siento que con esto seré algo grande... un volcán de ...

Sin eso, vegetaré miserablemente en la Compañía, a lo más... pues muchas veces veo, que ni a eso llegaré. Esto me da miedo.

A pesar de todo, no tengo seguridad completa en lo que de mí pienso, y quiero preguntárselo al P. Rector con toda franqueza para sentir plena seguridad. De estas cosas, nunca he hablado con profundidad y volcando todo lo que tengo dentro con nadie, en parte por enfado y también porque yo no las veía claro y como el escribir me ha ayudado a pensar y a aclarar mis ideas, por eso voy escribiendo todo lo anterior y pienso escribir otras muchas cosas. También me ha movido a escribir estas cosas (que me causan no sé qué disgusto interno, pues me parece que me estoy mirando y remirándome de un modo algo vanidoso). Al tenerlas consignadas y si vivo unos años, el ver por qué etapas he pasado me ayudará mucho para dirigir a otros y comprenderlos.



Afectividad.

Voy a ir anotando algunas observaciones sobre mi afectividad, para aclarar mis propias ideas y para someterlas después a dirección, pues quiero saber con certeza qué hay en mi sensibilidad de aprovechable y en qué la tengo que podar o matar.

Algunas manifestaciones en distinto sentido.

1. Lo que llamaría **afectividad sin sentido**, sentimentalismo sin objeto, ansias ciegas, vacías inexplicables que a veces se apoderan de mí y me quitan las fuerzas para todo. No me dura en general largo rato pero con mucha facilidad me encuentro en este estado. En el diario tengo varias manifestaciones bajo este aspecto, esto va disminuyendo. En el juniorado pasé el punto álgido completamente desorientado.
2. **Sentimientos de tristeza y decaimiento**. No es esa tristeza melancólica que gusta y que tiene cierto dulzor; es una tristeza más amarga, generalmente nacida del sentimiento de impotencia para hacer bien los ejercicios espirituales, para llevar bien los estudios y hacer las cosas a tiempo. Como por una parte soy idealista y soñador y por otra me veo tan raquítrico en la práctica, al sentir esos bajones, me siento verdaderamente poca cosa y siempre se me ocurre la idea que me entristece más, de que no voy a realizar nada grande en toda mi vida, y eso de morirme sin ser más de lo que he sido en virtud y en apostolado o ser una vulgaridad me angustia. Este sentimiento se traslada a otros. Cuando yo pienso de algún hermano mío que está en el siglo que no será más que un honrado padre de familia, me da tristeza y me parece que para eso no valía la pena de venir a este mundo. Lo mismo esos pobres hombres que se pasan la vida como los perros husmeando un poco de comida para no morir de hambre y a veces ni lo consiguen... sin que puedan levantar su vista a dos dedos de la tierra, ni dejar de escuchar ni prestar más atención que a los gustos de su estómago, me dan una compasión y una tristeza enormes... Nacer para no sentir en este mundo más que la tiranía del hambre... esto es atroz. Los hambrientos rusos por ejemplo me hacen una impresión amarga y penetrante y, si leo algo de esta materia, no puedo apartar de mí su imagen en varios días. Este sentimiento es sólo humano. Me parece que nace además de la compasión que esto imprime a todo corazón un poco como Dios lo ha hecho, nace de cierta idea de que el hombre es algo noble, algo para grandes cosas, algo caballeresco...

Al ver a esos hombres de vida sórdida y deformados por la miseria o a esos otros hombres vulgares de a perra gorda la docena, se produce en mí ese choque del ideal y de la realidad que se manifiesta en forma de compasión, tristeza despechada en cierto modo y de deseo de hacer algo gigantesco por tanta miseria como hay en el mundo. Cuando pienso que podía yo haber sido un hombre de esos, me siento aniquilado y a la vez siento pavor de serlo, porque me parece que la Compañía puedo ser una medianía de lo más vulgar y rastrero que se puede concebir humanamente...

Un sentimiento parecido experimentaba cuando veía el avance lento de las obras de la Iglesia. El mundo perece se condena sin su auxilio, la Iglesia acude a salvarlo, ansía salvarlo y sin embargo, avanza micra a micra en su carrera salvadora... Algo así como si uno se estuviera ahogando delante a un metro de distancia y pidiese socorro, y no pudiésemos inclinarnos a él sino milímetro a milímetro, de modo que tardásemos tres horas en coger sus brazos cuando a él le bastan tres minutos para ahogarse. Ahora esa exasperación se me ha quitado en gran



parte y me voy haciendo más confiado en los planes de Dios y esa impaciencia me parece de gusano que se revuelve.

En general, toda esta clase de sentimientos tristes tirando a amargos son menos frecuentes que antes y los domino más fácilmente, pues veo que nacen de soberbia.

Cuando consigno estas cosas, no se ha de creer, mejor dicho, no he de creer yo cuando vea esto mismo después de unos años que yo vivo en este ambiente desesperado. Ni mucho menos. Ni siquiera que son sentimientos persistentes con frecuencia sino, más bien, que soy fácil a este sentimiento y que con cierta frecuencia se me presentan, aunque rara vez me dominan de modo que duren mucho tiempo. Aunque me cuesta sacudirlos, en cuanto aparecen con todo los sacudo.

Sigamos adelante, aunque tengo ganas de tirar a un lado estos apuntes pues me parece que me miro demasiado, y que esto ya es egolatría.

El conocerse no es egolatría, y lo único que pretendo es ver qué tengo de bueno y de malo en mi sensibilidad para explotarme a mí mismo. Es verdad que aquí aparece el amor propio deseando encontrar y diciendo quizá lo que no hay; pero no importa, el Señor me irá dando a conocer lo nada que son todas las buenas cualidades en su presencia y que no valen nada si Él no las fecunda y yo no las pongo como humilde barro en su presencia y a su servicio.

Día 17.4.35

Estoy envuelto en una nube de santa tristeza. Jerusalén está hecha un montón de escombros; aún humean sus ruinas. El cielo está nublado. La voz ardiente y sonora del profeta resuena sobre aquel campo de destrucción; vibra cargada con una amargura inmensa; llora con lágrimas de fuego la destrucción de su pueblo. Las melancolías tristes y profundas del coro me han trasladado a aquel paisaje siniestramente grandioso y fundido mis sentimientos con la voz dolorida que llora sobre Jerusalén: *Quomodo sedet sola civitas plena populo...* Jeremías en estas palabras respira el silencio de muerte que ha caído sobre la ciudad desierta...

“Parece una viuda desolada lo que antes era señora de las naciones...”, “gimiendo lloró durante la noche y sus lágrimas llenaron sus mejillas... y no hay quien la consuele... pues sus hijos están cautivos”.

El divino y dolorido cantor estalla de pena y vierte a raudales un torrente de tristeza. Los acentos conmovedores se remansan sobre las ruinas... y las purifican de sus iniquidades.

“Los caminos de Sión lloran... porque nadie viene a las solemnidades. Todas sus puertas están destruidas, sus sacerdotes gimen, sus vírgenes, demacradas, y Jerusalén oprimida por la amargura”.

El profeta se ha vuelto en derredor, ha mirado los ondulantes caminos y las grandes puertas de la ciudad antes llenas por la algazara de los peregrinos que confluían a la Ciudad Santa. Ahora están mudos y desiertos y parecen que lloran en su soledad.

Jeremías cae anonadado de nuevo ante la grandeza de la desgracia de su pueblo. *“Toda su hermosura se ha alejado de la hija de Sión”.* Sus enemigos la han pisoteado con furor. El Señor la ha vendimiado arrancándole todo lo que en ella había de bueno y de santo.



Y de nuevo se ha levantado y con voz desgarradora ha lanzado a las inmediaciones de Jerusalén este grito de suprema y honda angustia *¡O vos omnes qui transitis per vian, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus...!*

La mano del Señor barrió de la tierra aquél su pueblo predilecto y siempre ingrato. Miró en su ira cómo arrasar las murallas de la hija de Sión. Tendió su arco y no retiró su mano hasta arruinar a Jerusalén; derrumbó el antemural, y el muro fue igualmente deshecho. Lanzó sus puertas a tierra y trituró sus goznes

Su rey y sus magnates están cautivos, ya no hay ley y sus profetas no son recibidos por Dios. Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor tu Dios...

Con esta última imprecación, que lleva la esperanza en medio de su inmenso dolor, se cierran esas lamentaciones del profeta. Su corazón está prensado por una pena intensa y su voz poderosa ha enronquecido gimiendo sobre la desgracia de su pueblo.

Día 5.5.35

3. **Sentimientos de la naturaleza.** La naturaleza cada vez me habla más y cada vez me va diciendo cosas más claras. Desde chico este sentimiento ha sido en mí muy intenso. Recuerdo que una tarde, en un día de campo que hicimos todos los de la familia juntos. Yo me separé un buen espacio, me tumbé en el suelo y me quedé absorto en el verde intenso de los montes solitarios. Sentía sin saberlo la armonía intensa y honda de la luz, de los colores, de las líneas onduladas, de los sonidos del monte...

Después de estudiar en filosofía el panteísmo veo que nunca he estado más cerca de confundirme con el alma universal.

Ya antes de entrar en la Compañía, sentía intensamente en mi interior los cambios del paisaje. Recuerdo que, aunque los montes suaves y verdes de Loyola me encantaban, el paisaje fuerte y austero me sacaba de mí. Pasamos un verano quince días en Aránzazu.

Aquellos riscos agrestes, afilados, destacándose poderosos en una soledad imponente me causaron largas horas de goce fuerte y potente. Me hubiese quedado toda la vida de pastor en aquellas montañas que me hallaban un lenguaje tan hondo, tan viril, tan dulce.

De hecho, en mis largas horas de sueños despierto, soñaba en ser pastor y me hacía el protagonista de mil historias que yo me contaba a mí mismo. Cuántos estudios de dos horas me he pasado en el colegio con las manos sobre la frente, los codos bien clavados y mi libro abierto delante del que no leía ni una sola línea, pues sólo soñaba y fantaseaba historias relacionadas con las novelas que había leído por aquella temporada. Aunque no hay paisaje que no me guste, prefiero por no sé qué inclinación el paisaje áspero y salvaje, sobre todo si es de altura. Este sentimiento lo he anotado diferentes veces en las cosas que he escrito.

En la huerta de casa, cada grupo de árboles me dice una cosa distinta, que se repite siempre que doy la vuelta entera. Pero no voy a terminar si sigo así.

Aunque siento la naturaleza, en general no me elevo sobre ese sentimiento humano. Pocas veces llego hasta reconocer en esa hermosura terrena la bondad de Dios y su infinita belleza. Y a veces, aunque lo intento, parece que me impide ese sentimiento natural el agradecimiento



y el amor a Dios. Siento como si no se coordinasen bien. Por eso he pensado que quizá haya algo de mórbido en ese sentimiento natural.

Estos días de romper de la nueva primavera gozo muchísimo en los paseos.

4. Un complemento de sentimientos de la naturaleza y como su prolongación la encuentro en la **literatura**. Cada vez siento más afición a los buenos escritores. Estos días he leído “La novela de un novelista” de Palacio Valdés. Cada vez que leía un capítulo, sentía en mí como una ducha de inusitado frescor y bienestar espiritual (no en sentido religioso). Sin duda es por contraste con la filosofía.

En literatura, tengo verdadero odio a lo fingido y a lo convencional. Me empalaga la poesía ñoña de los amantes de las flores. Y, aunque tiendo a romántico y las delicadezas del sentimiento me conmueven y me gustan todo género literario, mis preferencias son para los autores de estilo vigoroso y realista a lo Pereda, para la fuerza imponente de la imaginación de Dante, para los torbellinos de pasiones desencadenadas de Shakespeare...

La serenidad clásica me descansa y me hace gozar intensamente de su equilibrio y de su armonía, pero yo soy o muy pequeño para aplicarme a mí esa paz o demasiado utilitarista en el concepto de arte para quedarme en la literatura pura y no pensar en dar una explotación industrial a mis valores literarios.

La vista de la verdad y de la belleza, si revisten algunas proporciones, me exalta, y siento la necesidad de la comunicación y de su imposición irresistible, perforadora, a los demás. Lo mismo me sucede con lo feo y con lo falso y desacertado, sin son de alguna monta, me quemó por dentro y siento ganas de machacar al olfato de mis iras. En esto he notado que, cuando el excitante de cualquier género que sea es fuerte, produce en mí una reacción que me pone en una textura de tensión espiritual en la que me siento desconocido con relación al plano ordinario en que me muevo con tanta lentitud y con tanto trabajo. Esto me ha hecho pensar muchas veces que, puesto a la vista de esas realidades gigantescas, vg. de una China pagana, de una Rusia soviética, sin Dios y hambrienta; ó de América, asaltada en su debilidad religiosa por todos los vicios y todas las doctrinas ; me crecería de una manera enorme en todos los sentidos y en el que aquí me fijo también, es decir, que la fuerza de esas realidades se me impondría con tal fuerza que creo que sabría manifestarla al mundo entero en mis escritos. Esto siento yo ahora; puede ser que esto solo sea una ilusión, pero yo no me convenzo que es pura ilusión. También tengo que decir que me siento dispuesto a producir literariamente (tirando siempre a una forma apologética y oratoria de combate), pero también me veo aun un tronco en bruto, pues no he tenido casi ningún cultivo literario.

Una de las cosas que más me atrae para ir a Misiones es el poder dar a conocer algún día con vigor fuerza y plasticidad avasalladoras la necesidad espiritual aterradora de los pueblos paganos, la grandiosidad de la lucha espiritual contra el mundo pagano y la gracia inmensa de ser apóstol en la plenitud de la palabra que es ser apóstol de infieles... Esta empresa hay que realizarla en grande escala, para producir en los países católicos la marea de vocaciones misioneras necesarias para acelerar el paso lento de las misiones actuales.

5. (Esto está mejor a continuación el número 2) Quiero hacer notar que siento **un particular cariño por los pobres y por los miserables**. Yo no sé si con los años se me habrá endurecido el



corazón, como veo que se les seca por la prudencia a tantos hombres buenos, pues no he tenido ocasiones de comprobarlo, pues aquí vivimos alejados de la realidad. Fuera recuerdo que las familias desgraciadas, los niños miserables y todas las miserias corporales se me clavaban muy adentro. Ahora, tres miserias generales y de otro orden me atraen con fuerza muy grande: China, Rusia, América.

El dedicarme toda la vida a socorrerlas lo considero como una gran dicha. Y quiero notar que esa compasión y ese cariño es natural (en este sentido) no porque Jesucristo me lo mande ni por darles a conocer el mayor bien: Jesucristo, ni por hacerles felices toda la eternidad (pues aunque estos motivos me mueven, todavía no me dominan) sino por librarles de sus miserias humanas y sobre todo por la que es la mayor de las miserias humanas: la inconsciencia de que van a ser eterna y terriblemente desgraciados.

Cuando leo algo sobre estas necesidades o cosa parecida, esas ideas se me imponen y me duran varios días con tal fuerza que muchas veces me produce verdadero cansancio físico.

Junto con esto, va mi interés grandísimo y verdadera curiosidad por conocer esos países, su historia sus tragedias nacionales, su psicología particular, su cultura... En esto, la que más simpatía me causa es Rusia, de manera que no tendría ningún inconveniente en pedir destino para trabajar entre los orientales. Más, apreciando muchísimo el destino a China, si me lo cambiasen por el de Rusia, naturalmente lo recibiría con más alegría, aunque si me diesen a elegir escogería China, pues me parece allí hay una necesidad mayor, aunque no siento ahora por lo menos esa simpatía natural tan grande por China como por Rusia. Esto no es de ahora, siempre ha sido así. No sé si será algo romántico esta simpatía por Rusia. América vista en conjunto me consolaría en el caso de no poder ir a China, ni a Rusia. Digo en conjunto, porque para quedarme en una residencia haciendo vida parroquial no me atrae específicamente. En América me atrae la labor de formar dirigentes católicos, pues de su falta en el clero y entre los seglares le viene la anemia espiritual que padece. También me atraería una predicación en grande escala, estilo Laburu... que fuese una especie de cruzada de fe.

Ya veo que en esto hay mucho de idealismo de papel pintado y que todos los que se preparan para apostolados tienen que soñar cosas parecidas y que, sin embargo, llega la hora de las proezas y son un individuo de número, ocupando una modesta y vulgar plaza y esto, no porque no les den más y los posterguen, sino porque no pueden hacer más, ni valen para más. Por eso, cuando escribo estas cosas, siento miedo de mí mismo, cuando quizá mañana, hecho un cura de fabricación en grande escala, me mire a mí mismo compasivamente, con sonrisa desdeñosa, pues de joven soñaba tales ridiculeces sin saber cuánto cuesta dar un solo paso en las empresas apostólicas. Con esa compasión indulgente, miran las persona mayores a los jóvenes que empiezan a trabajar con grandes ideales previendo a corto plazo, un caer de alas y amainar de velas para entrar a ocupar una modesta plaza en lucha trabajosa por la vida. ¿Me pasará esto? Siento horror de pensarlo, y por eso el pudor de manifestar esas ambiciones es más grande. Pero, puesto a hablar y a afrontar el problema en toda su fuerza, voy a decir algunas cosas sobre la ambición de cosas grandes que me domina siempre que pienso en el mañana.

6. **Ambición de algo grande.** Me da vergüenza decir que soy ambicioso, no porque crea que esto es algo malo (en el sentido en que yo lo tomo), sino porque, después de todos esos idealismos y como fruto de ellos, no puedo presentar ningún avance ni humano ni espiritual digno de esas



alturas. Cuando pienso en esto (después que me he creído águila en mis sueños), me siento raquítico al ver que en la realidad desaparezco como un microbio. Entonces se apodera de mí una tristeza despechada y amarga pues me siento humillado, insignificante... Se me suele presentar en esas ocasiones la idea de que, como he sido eso hasta ahora, es decir, una vida vacía y sin fruto, eso mismo seré en los años que me queden. Y esto es lo que más me entristece.

Pero eso ratos pasan y mi sentimiento de pequeñez se desvanece en unos días y, si me salen bien las cosas, o se me ocurren ideas nuevas o si oigo hablar de obras apostólicas, inmediatamente surgen nuevos horizontes y se me ensancha el alma y mi imaginación me presenta cuadros fantásticos. Entonces me dominan los deseos más o menos conscientes y más o menos espirituales de ser algo notable, algo que deje huella en el mundo. Esos deseos revisten ordinariamente la idea del apostolado a grandes masas (ya en China, ya en Rusia, ya en América) en las que opero transformaciones profundas cuyo influjo se transmitirán los siglos.

Así desfilan por mi cabeza todas las formas de apostolado, desde las Universidades y Seminarios hasta las obras sociales con obreros, desde la predicación en grande hasta la catequesis callada o la dirección de novicios o de almas escogidas. Y no solamente las obras exteriores, sino también la idea de un apostolado de la oración y del sacrificio pero universal, conquistador, se me ocurre muchas veces y cada vez más.

Puesto en este plan, se me suele ofrecer que yo me desgastaré pronto en obras permanentes y sobre las mismas personas y me siento absolutamente inepto para sostener, no para iniciar, obras complicadas y de actividad intensa y sostenida; en cambio, por mi temperamento, me siento mejor dotado para obras que requieran mucha intensidad, más bien pasional o afectiva que intelectual, y en que el público se renueve. Por eso yo creo que me atraen mucho las misiones de infieles, las misiones rurales, ejercicios...

Más o menos siempre me ha perseguido la idea de ser algo grande, y esto desde pequeño, Recuerdo que estando aun en Chile, tumbado en una cama para soñar mejor, fantaseaba la unificación de América por medio de España. Claro es que el unificador guerrero era yo. Entonces tendría a todo tirar nueve años.

Cuando iba a los Maristas de Azpeitia, pensaba en el camino en especial fruición en hacerme millonario instalando una línea de tranvías-vagonetas entre Azpeitia y Loyola. La ocasión de tales sueños era el ver todos los días un montón de railes y vagonetas tiradas a un lado de la carretera. Entonces aun no había cumplido 10 años.

Luego, en los años sucesivos, he fantaseado mil veces planes para hacerme archimillonario o poderoso políticamente. Los caminos que me conducían al triunfo eran de los más peregrinos. Empezaba de cazador, pastor, plantador forestal, perdido en una isla desierta a lo Robinson en una tierra desconocida, marino... y de otras muchas maneras, pero siempre llegaba por estos medios, primero o a rico o a jefe de un grupo de hombres, y después, conseguido esto por una multiplicación rapidísima de millones o por conquistas afortunadas, me hacía rey del dinero o de una nación fuerte y poderosa. Luego venía la fase de organización y repartición de mis dominios y de mis millones. Y aquí, como todo me salía tan bien y la imaginación no sabía ya que inventar, me cansaba y dejaba ese cuento y al poco tiempo empezaba otro. Porque es de notar que yo me los contaba a mí mismo, y cada uno de ellos era con tantos detalles y me hacía



gozar tanto, que me duraba para dos o tres semanas. Estos pasos que he indicado en globo eran detalladísimos y con mil peripecias y aventuras mucho más afortunadas y peligrosas que las de las novelas que yo había leído. Había días, y aun creo que temporadas, que tocar a estudio y enfrascarme en mi sueño era todo uno. Y esto es triste, de todo este modo de ser que, cuando me ha tocado obrar, no he hecho sino soñar, pues me parece que es lo único que he hecho bien desde que nací, pues en todas las demás ocupaciones que he tenido en nada he salido del nivel más vulgar.

Pero, siguiendo con los sueños, me parece que hasta los trece o catorce años eran más generales, e indeterminados; pero después se fueron fijando y concretando, en gran parte al menos, en ideales de grandeza patriótica. Hacer grande, fuerte y poderosa, material e intelectualmente, a España. Y, si seguía soñando en hacerme rico, era para emplear todos mis millones en carreteras, en ferrocarriles, en universidades, en armamento para España. Y todo esto, con muchos detalles, con recorridos determinadísimos, con sitios muy concretos.

También por este tiempo, soñaba en gastar mis millones en obras apostólicas en las misiones de manera que lograba la conversión de China en pocos años.,

Soñaba también sueños de amor, llevado por un deseo grande de sentirme amado y conocido. La manifestaciones más pequeñas de amor me han estremecido y subyugado de una manera extraña. Pero gracias a Dios he tenido muy pocas ocasiones.

Después, en la Compañía, aunque han persistido esporádicamente los ideales fantásticos y cuando he tenido roces en este punto se me ha agitado con fuerza, puedo decir que por lo menos en criterio y en las horas de paz (que son la casi totalidad) los voy viendo como algo pequeño, más como algo indigno de mi estado. En esto he avanzado enormemente desde el juniorado en que tenía unos berrinches patrióticos atroces cuando oía o veía ciertas cosas. Esto se puede detallar.

Después los ideales apostólicos de todas clases me han entusiasmado desde el noviciado y sobre todo las Misiones.

Y aquí, más que detallar sueños grandiosos y santos, aunque por desgracia siempre irrealizados, quiero notar cierta posición de nobleza de alma que siempre he tomado respecto de la santidad y del apostolado. Yo creo que debe ser por inopia y por desconocer el justo aprecio de lo que vale los ascensos en la santidad, pero el hecho es que todas las santidades y todos los heroísmos me parecen superables por mí. Esto puede parecer, y sin duda es, una barbaridad, pues, cuando me miro en frío, me encuentro desplumado de virtudes y sin fuerzas para ascender los pequeños escalones de la santidad. Pues, aun así, vg. cuando oigo o leo en alguna novena como en la de San Ignacio o de S. F. Javier, pedirles gracia a estos santos para, ya que no podamos acercarnos a su santidad encumbrada, por lo menos que emulemos en nuestro plano de pequeñez sus virtudes; cuando oigo o leo esto, recibo siempre una impresión desagradable y muchas veces le he pedido gracia para dejarlos chiquitos a ellos mismos a mi lado. Esto es una estupidez en quien se arrastra en una vulgaridad y anemia de obras de lo más incoloro y despreciable.

Por ese modo de ser, siempre que se me ha ocurrido la idea de... ¡quién fuera como ese padre tan santo!, luego me ha parecido que aunque distase enormemente esa santidad de mis



haberes actuales, era poco para mí. Sin duda es porque no veo lo que es la santidad, pero me da tristeza el pensar que me he de quedar en ser un buen religioso y hasta un santo religioso, pero no he de pasar a ser una cumbre. (Esto es en el plan ideal en que me muevo).

Lo mismo en la santidad que en otras actividades humanas, me da pena no sólo pensar que seré un hombre del montón, sino que también me entristece eso de influir fuertemente durante mi vida, ser notable en algo mientras viva y después desaparecer en la masa sin nombre del olvido. Tengo una soberbia que no se resigna a la vulgaridad común ni siquiera a la vulgaridad de los hombres notables.

Aquí quiero advertir que mi concepto de grandeza es sano y que no lo pongo sólo en el relumbrón y estima de los hombres, sino en ser objetivamente algo grande trascendental.

Muchas veces, pensando en qué podré yo ser, mejor dicho, en qué clase de apostolado seré grande de modo que renueva el mundo, me he sentido anonadado al ver que humanamente, dando todo lo que puedan dar de sí mismo cualidades, en las mejores circunstancias no seré más que lo que se suele llamar un operario celoso y verdaderamente apostólico. He pensado en el escribir y he visto que, aunque creo tener alguna disposición para ello, todavía mi pluma está en bruto y que aun educada y enriquecida no alcanzaría el vuelo y la eficacia de lo que es en literatura un escritor de segunda línea. Con sólo una pluma así (como máximo ideal) puesta al servicio de la verdad, de la moral, de la belleza católica, no se puede ser un gran apóstol.

He pensado en la oratoria, y he sacado estas conclusiones: Siento yo aquí adentro arrebatos de entusiasmo, de alegría, o de odio que yo creo que, con una formación intelectual y literaria mucho más completa de la que tengo, y que enfocados a temas apostólicos, me harían capaz de piezas oratorias de singular fuerza. Pero, aunque consiguiese reducir a la práctica esa apreciación tan problemática, eso no me bastaría para hacer una obra gigantesca en las almas.

He pensado también en el trato, en ser profesor, director de congregaciones, y siempre me he visto pequeño, tímido, cobarde, impedido para volar por mi propia limitación.

Y esto, puesto como digo en un plano del todo ideal, pues no se me oculta, viniendo al terreno práctico, que lo que he apuntado sobre el escribir y la oratoria en mí sería lo más encumbrado que sin caer en la locura podría desear, y que, aunque sea mi afición al escribir y al hablar y también alguna disposición para salir de lo ordinario, me faltan muchas cosas que difícilmente podré conseguir: como, por ejemplo, mi asiduo y amplio cultivo literario de lectura de redacción, una dirección de lectura y de redacción, una dirección acertada en la declamación, una capacidad y profundidad intelectual que sea base segura del fuego oratorio, una rapidez de movimientos intelectuales inmensamente mayor que la que poseo, más aun que, supuesto todo esto, no me engañe con una pequeña apariencia y tenga verdadera madera y disposición...

Y sin embargo, a pesar de verme tan limitado por mi pobreza, involuntariamente sigo pensando en ser algo grande. Naturalmente, al ver cerradas todas las puertas a esas aspiraciones, he pensado en la santidad, que es lo único en que debía haber pensado, y se me ha presentado con un nuevo atractivo humano.

He visto algo de la grandeza que tiene la santidad en si misma, grandeza que levanta al hombre aun en el plano de los valores humanos a una altura inmensa sobre el plano de recursos propios en que se movería sin ella. Son tales los ideales que nos pone delante la santidad, por ejemplo



el conocer, amar y servir a Jesucristo y hacerle conocido amado y servido por todo el mundo, que el hombre más estropajo sabrá desarrollar energías gigantescas para llevarlos a cabo. Un hombre que no sea mudo, enamorado de Jesucristo a lo San Pablo, cuando hable de él, será orador, y aun humanamente sus palabras tendrán fuerza y empuje irresistibles.

Estas consideraciones me han animado, y me he convencido de que cada buena cualidad humana vivificada y robustecida por la santidad se multiplica por cien o por mil, de manera que el mismo hombre que nunca hubiese ejercitado un acto levantado sobre la más prosaica vulgaridad, sabrá, impelido por los ideales y la fuerza que le presta la gracia, estrujar hasta la última gota de energía que encuentre en si mismo. Este es el secreto de las acciones heroicas de los santos y de sus grandes obras.

Así, voy viendo que solo me queda un camino para la grandeza y para arrancarme de este plano liliputiense en que vivo. Si yo me enamoro con pasión de Jesucristo, siento que diré de él alabanzas magníficas que arrebatan los corazones de los que oigan y los enciendan en su amor. Si yo me enamoro, siento que escribiré páginas hermosísimas sobre su amable persona. Si yo me enamoro de Jesucristo, no perderé un minuto de conversación que no sea dirigido a ganarle amigos. Si yo me enamoro de Jesucristo, me haré capaz de rendimientos nunca soñados, de una acometividad, de un valor, de decisiones que, sin ese amor, me parecieran en mí imposibles.

Día 7.7.35

7. **Timidez.** Toda esta vida interior está encerrada dentro de mí casi por completo. Antes de entrar en la Compañía, no había tenido ninguna expansión de mí mismo. Sin ser reconcentrado exteriormente, pues nunca lo he sido, he tenido un recato en manifestar mis sentires, que se ha extendido hasta impedirme manifestar mis gustos, mis impresiones, mis planes, mis manera de pensar y ver las cosas.

Yo no le he manifestado nada a nadie de mis intimidades. Esto me parecía imposible, y no concebía el que otros, los hombres, lo hicieran. Ni a mi madre le he manifestado nada de esto.

Cuando hablo de este encerramiento propio, no me refiero tanto a manifestar lo que he escrito en los puntos anteriores, pues ni yo los hubiese podido resumir así entonces, sino más bien a los hechos que dan motivo para que yo ahora haya podido resumir esos puntos generales, que entonces eran mucho más abundantes los hechos que ahora.

Luego, en la Compañía, la cuenta de conciencia y el trato con los Superiores me ha ido enseñando a desembuchar todos esos duendes que se mueven en la oscuridad de mi interior aún desconocido para mí mismo.

A perder ese pudor extremado, me ha llevado el desarrollo de la personalidad que se va desenvolviendo, determinando y robusteciendo, lo que va dando seguridad de sí mismo y hace ver que esos valores propios se pueden lanzar a la calle a disputar el mercado de la vida a los valores ajenos. A medida que ha subido en mí la confianza propia, ha bajado la admiración reverencial y la estima de los demás. No quiero decir que desprecie a los demás, sino que antes tenía una idea desproporcionada de lo que son los hombres, lo cual fomentaba más mi timidez, pues creía que había una desproporción enorme entre ellos y yo, sobre todo, si miraba a hombres competentes en alguna materia, con lo que yo me cerraba más, pues me creía un



bicho raro a quien solo en mucho o poco le pasaban algunas cosas. Después, y eso que todavía he visto muy poco, me he ido convenciendo de que todos los hombres estamos cortados por el mismo patrón, y que lo que siente uno lo siente el otro poco más o menos de la misma manera y lo que le gusta a uno le gusta al otro y así sucesivamente... y que, puestos a luchar, a un hombre no se le puede poner más que un hombre, con lo que se simplifican muchas dificultades imaginarias... Por eso ahora ya no soy tan tímido, aunque todavía lo soy mucho.

Pero quiero notar que soy formado *secundum quid*, no absolutamente tímido y de esta manera he sido siempre.

Me siento tímido y pudoroso para manifestar mi modo de ser interior, y la manera peculiar que yo tengo en reflejar las cosas y las aficiones y los gustos corrientes entre todos los demás, en cambio, me siento dispuesto a saltar todas las barreras que se me opongan en ciertas ocasiones.

Día 3.8.35

Cuánto tiempo que no escribo una línea. Han pasado por mí dos meses en los que he vivido como un hombre máquina, y yo no he nacido para eso. Ahora en vacaciones se evapora dulcemente de mi cerebro la ciencia adquirida con tanto trabajo. Y no me da pena. Me parece que hasta es necesario que así sea, para ser un espíritu libre que vuela sobre la hermosura del mundo y se apacienta de grandes ideas. Las vacaciones traerán, en sus suaves brazos, ideales nobles, horizontes nuevos, sueños gigantescos que ocuparán los moldes vacíos que irán dejando en mi cabeza las triquiñuelas filosóficas a medida que se esfumen.

Yo creo que este es el fruto más hermoso de la filosofía. No es más que aposentadora y precursora de una ciencia más grande, la ciencia de la vida, la ciencia del hombre completo. ¡El hombre completo! ¡Qué belleza!

Yo sueño muchas veces en completarme, en educarme, en redondear mi personalidad. Hoy en especial la formación literaria es mi obsesión ¿Podré yo ser rey de mi pluma?... ¿Podré yo hablar al mundo, en un estilo poderoso y sugestivo, de Jesucristo de su hermosura, de su amor, de las maravillas y tesoros que puso en su iglesia y en su religión, del cielo... y de tantas cosas que no enumero porque no sufro el esbozarlas en unas frases de cajón, destruyendo su atracción radiante con palabras gastadas por el uso y con pensamientos harapientos.

Esta es una de mis ideas fijas. Yo quiero explotar el fondo infinitamente bello y dulce, confortante y consolado, humano y sobrenatural que nos ofrece la totalidad católica, quiero presentárselo al mundo sobre todo a los jóvenes, vestido con un traje transparente que no atraiga sobre sí la atención sino que deje pasar hasta la hermosura de nuestra fe. Y por eso quiero ser rey de mi palabra, más déspota de mi palabra para hacer de ella lo que quiera, para poder encerrar en ella todas las riquezas y armonía del conjunto filosófico, histórico-teológico, moral, estético, humano y divino del cristianismo.

Y esto no quiere decir que yo sueñe en ser un especialista en este conjunto de temas particulares. Mi idea es la siguiente: Me bastan las cumbres de la filosofía, de la teología, de la historia, de la moral, de la estética; me basta el estudio que de ellas haré durante la carrera para penetrar en su verdadero sentido, sin pararme en las formas, para redundar de gozo y entusiasmo, y sentir una



dicha, armónica y entusiasta la vez, por tanta belleza y tanta seguridad y tan infinito amor como Jesucristo depositó para nosotros en nuestra religión.

Yo gozaré y me entusiasmaré con la belleza de la totalidad católica que irradia de su centro Jesucristo y sentiré impulsos vehementes de comunicar tanta felicidad a mis hermanos que la desconocen y para esto quiero una pluma dócil, agradable, expresiva, clara

Y para esto quiero formas nuevas dentro de la naturalidad y del buen sentido. Pero es difícil desprenderse de las formas gastadas que continuamente se repiten en nuestras vidas y que se nos imponen y nos hacen hablar siempre por boca de otros. No aspiro a formarme por mí mismo. Pero me parece relativamente fácil fecundar mi imaginación con los escritos llenos de formas siempre preñadas de descendencia espiritual de los grandes escritores del mundo.

Deseo ponerme en contacto con Homero, con Dante, con Demóstenes, con Shakespeare, con Goethe, con Cervantes, con Fray Luis de León, con Schiller, y con todos los grandes genios literarios del mundo. Creo que su lectura reposada y digerida me ha de dar lo que tanto ansío.

Me inclino sobre todo a los grandes maestros, porque tengo una tendencia innata a los platos fuertes del espíritu. Pero, si pudiera, leería todo lo que sea digno de leerse.

Por ejemplo, tengo verdadera curiosidad por leer a Tolstoi, Gógol, Dostoievski, para estudiar la riqueza inagotable del sentimiento ruso. Creo que me abriría nuevos horizontes...

Día 3.8.35

Mi espíritu se esfuma entre la sombra amable de las ascéticas y misteriosas avenidas de pinos como queriendo buscar los misterios que ocultan. El aroma que trasciende de su perenne verdor inunda el ambiente callado del bosque. Allí mora el espíritu de la paz. Cuanto contemplo las cómicas capuchas de los apretados pinos que dejan caer su oscura y severa túnica casi hasta la tierra, me parece que bajo su verde copa vive el alma de un monje que medita profundos y jugosos misterios. A veces espero con emoción que se muevan sus ramas silenciosas, que se inclinen sus hermosas capuchas y que el bosque de apretados pinos empiece a desfilar lentamente entonando dulcísima salmodia. Pero los pinos como buenos hermanos siguen absortos en sus apretadas e inmóviles hileras. El viento hace oscilar levemente sus perfumadas capuchas, sin conseguir distraerlos de su profunda y dulce oración. Yo adivino sin embargo, bajo su intenso y oscuro verdor, la paz de las almas fuertes y, al respirar su embalsamado perfume, descanso lleno de íntima dulzura pensando en la paz eterna "del inmortal seguro".

Día 2.9.35

El hilo transparente y dulce de un violín jugueteo y tierno llega a mi ventana junto con los últimos rayos del sol que se va.

Traigo del paseo una impresión de bienestar y de grata y mansa felicidad; me he puesto en este tono insensiblemente al ver los prados verdes, cuando las puntas de las yerbas brillaban gozosas iluminadas por los oblicuos rayos del sol. El viento estaba quieto y la temperatura agradabilísima, los árboles parecían plasmados en una decoración viviente. Las hojas temblaban rápidamente, jugando con la luz amiga del atardecer.



Al llegar a mi cuarto, sentía el deseo de alargar aquella hora apacible, y medio pena ver desde mi ventana la tierra sombría. El sol sólo alumbraba ya en abanico hacia arriba las nubes que han acudido a despedirle y al cielo de poniente, que resplandece nítido y profundo. Ese azul luminoso me atrae a sí y me inclina a volar hacia esa inmensidad que vive detrás de él.

Mi imaginación y mi sentimiento se asoman a ese abanico de cielo y de luz como a un inmenso ventanal de este mundo pequeño y que se va quedando oscuro y triste. Otra vez suena el violín de antes; es un disco de gramófono que repiten, y me parece salir yo mismo confundido con ese hilo de notas, disparado como un fluido de amor y melancolía que busca a través del inmenso ventanal de este mundo una sensación de anhelos indeterminados pero ardientes. Mi espíritu navega sediento por la luz que se va; busca la felicidad definitiva, Las voces doloridas y angustiadas de los remeros del Volga (disco) me hacen huir de la tierra y buscar una morada de descanso y de dicha atravesando el espacio infinito que recorren otros mundos quizá más dichosos que este.

Hasta las nubes han quedado tristes. El cielo aun fulgura. Vuelvo a mirar. Mi cuarto está ya oscuro. Ya va a morir el día que hace un rato me hacía feliz. Me voy a la capilla a buscar otra luz que no se me vaya, y en cuyos fulgores encontraré descanso y sanación de mis anhelos de dicha.

Día 7.9.35

Mañana de exultación. He salido a rezar el rosario por la senda que rodea el prado grande. Sentía ganas de cantar. Mi alma se dilataba gozaba por el cielo ingenuamente azul, por los prados que mostraban su alegría en el brillo jubiloso de sus millones de gotas de rocío, por los claroscuros marcadísimos de que producía la luz matinal colándose alegre y curiosa entre los oscuros y graves contornos de los árboles inmóviles. Toda la tierra despertaba y se sentía en el ambiente su alegría y su segura esperanza de gozar de un día espléndido.

Día 16.9.35

¿Qué hay en el hombre, que siempre lo pide amor, cariño, aprecio y, donde lo encuentra, se lanza generalmente con los brazos abiertos? Y ¿qué hay en el joven, que no se contenta con percibir de un modo inconsciente, como el niño, el aprecio, el cariño y el amor, sino que quiere amor consciente, amor determinado, manifestado, expresado con pasión?

Dios ha hecho al hombre, y en especial al joven, sujeto a esa dulce necesidad, y el hombre, sobre todo si es joven, siente un vacío dentro de sí cuando no encuentra amor, y no amor como quiera sino amor apasionado personal, amor que sea casi adoración para cuya dirección exclusiva se concreta en estas dos palabras... para mí...

El espíritu del joven no encuentra descanso, no siente quietud densa y razonada hasta no verse idolatrado. La conciencia de su valer de hombre le pide inconscientemente ser conocido, apreciado, admirado sin vacilaciones ni disputas. Su corazón le pide, sobre todo esto, amor, amor incondicionado que borre todas las pequeñeces de nuestro yo, que nos devuelva enaltecida, vivificada, iluminada de dulzura, como por un fluido delicioso, la proyección de nuestro propio ser. (¿Cuál es el secreto de la honda y dulce llenumbre que siente el joven al verse amado con pasión ardiente?).

Explico más lo anterior. No hay reconocimiento mayor del propio valer que el ver que uno es amado por los valores y que estos valores tienen la fuerza de hacer desaparecer los defectos que uno



mismo siente en sí, de tal manera que arrebatan de admiración íntima y fogosa por nosotros a otra persona. En su pasión nos vemos agrandados, mejorados, embellecidos, y esto sin ningún acto reflejo. Esto nos causa un placer, un descanso, un no poder desear más... Nos sentimos a nosotros mismos divinizados, idealizados y como llevando todo el ser del que nos ama. El contraste de lo nada que suponemos para los demás mortales que nos miran con indiferencia y frialdad presta más dulzura y valor a esa sensación como se agradece más la casita caliente en medio del frío invierno.

Todavía hay otro elemento que agranda como un cristal de gran aumento toda la intensidad de esa plenitud estupenda. Y es, si la persona que nos ama no es algo vulgar sino toda una plenitud humana que nos arrastra y nos sugestióna y alcanza a nuestros ojos un valor inmenso, el vernos amados, idolatrados, por ella es algo todavía muy superior a lo dicho antes, el sentirnos abrazados por todo ser es algo infinitamente más dulce. Entonces nuestro ser alcanza el máximo de grandeza y de verdad y no importa que sea subjetivamente, idealmente, pues al fin y al cabo nos vemos, nos sentimos, nos palpamos así. Yo creo que esta es la mayor idealización que se da en el mundo y también la más repetida.

Para el que esta fuera de ese divino y embriagador circuito de amor, esa idealización es generalmente la mayor de las mentiras. Con todo, le hace sonreír por su buena fe.

Día 12.1.36

Como soy yo el que me tengo que hacer santo, yo el que me tengo que ser apóstol, yo el que tengo que estudiar, yo el que tengo que vivir y desarrollarme en todos los sentidos ya espirituales ya nuevamente humanos, quisiera saber hasta dónde llega mi ser, hasta dónde se estiran las ramificaciones ocultas o, si se quiere, las raíces de ese mismo yo. Yo soy el que tengo que luchar con mis propios y únicos recursos y no con los de los demás. Es claro que tengo que conocer primero esos recursos para después explotarlos y, estimándolos en lo que son don de Dios y en sí, en absoluto poquita, muy poquita cosa, reconocer sin embargo, con toda objetividad, el valor relativo que tienen con respecto a los demás hombres, que a veces puede ser muy grande.

Para hacer este trabajo, hay que guiarse por las manifestaciones externas de un mismo orden y suficientemente continuadas para que supongan una causa apreciable y estable que se llamará cualidad propia o perfección o de otro modo. Toda continuación de manifestaciones de nuestro yo, que tenga un carácter específico y distintivo que las hermana, supone una causa madre, fuente de donde mana ese curso de actos. Lo que se trata aquí de conocer son esas causas madres, para sacarlas de su oscuridad, para descubrir sus aplicaciones buenas y malas, para perfeccionarlas, para complementarlas y aunarlas de modo que desarrollemos en nosotros un conjunto personal vigoroso, y, por fin, para elevarlas de un modo incomparable por la vida sobrenatural que, tomando posesión de esos instrumentos naturales, los ordena y los dirige con seguridad absoluta del único gran éxito y a la vez centuplica y ama de modo maravilloso su dinamismo y su potencia de acción.

Modos de ser: Como reverso de mi carácter lento y perezoso, aparece cierta bondad natural que, como consecuencia de haberme perdonado tanto a mí mismo, me lleva a tolerar y dispensar a los demás, buscando la explicación, el punto de vista, la solución humana de las acciones y de los caracteres de los que me rodean. A esto me inclina también cierto buen sentido de las cosas en general, que tiene otras muchas manifestaciones. He notado hace tiempo ese mejor sentido de las cosas respecto a la generalidad de los que me han rodeado, en una manera más, no sé si decir, profunda o comprensiva de las problemas religiosos, políticos espirituales, personales... y, sobre



todo, de las quisicosas ordinarias me ha hecho el efecto v.g. de encontrar siempre entre nosotros mucha incompreensión mutua personal, y esto en medio de la caridad y hasta de cierta intimidad. No sé si será arriesgado este modo de pensar.

Tengo cada vez más curiosidad de conocer lo que pasa dentro de los hombres, hasta dónde llega la malicia y dónde empieza la debilidad o cómo se mezclan. Los pecados, y sobre todo los grandes pecados, me excitan una curiosidad mezclada de cierta tristeza que me empuja a ese estudio. Judas vendiendo a Jesucristo, por ejemplo, o la resistencia de los fariseos ante los milagros y la bondad de Jesucristo. ¿Dónde hay en el hombre ese grado de malicia que merezca una pena eterna?

En esa curiosidad de saber lo que pasa dentro de los hombres, claro está que entro yo mismo en primera fila. Yo siento fuerzas ciegas dentro de mí, presentimientos de concepciones de las cosas, de comprensiones que hasta ahora no he tenido. El buen resultado que me ha dado el buscar recursos dentro de mí me ha dado cierta seguridad y como confianza de sacar, de descubrir grandes tesoros en mi interior. Esto, en vez de hacerme más egocéntrico, me hace pensar mucho en los demás, me hace presuponer lo mismo de los otros, me hace respetarlos mucho más (en este plan de respetar interiormente aun humanamente a los demás nunca había actuado hasta que he empezado a posesionarme de mi interior). Quiero estudiar hasta donde se puede, tratar de hacer que los demás vayan pasando de la inconciencia, general a todos los hombres, a una conciencia de sí mismos sana y verdadera, pues me voy convenciendo de que el hombre tiene que sacar de sí mismo todo lo que destaque una micra de la rutina más vulgar. Cómo se puede hacer esto entre nosotros, y en general en la educación de los jóvenes, de manera que se eviten las rarezas, la terquedad y el engreimiento, pero a la vez se saquen a la luz las fuerzas inmensas e inexploradas de tantos hombres (sobre todo apostólicos)? (Esto no quiere decir que yo tenga talento práctico. Como nunca lo he tenido que ejercitar, no sé si lo tengo o no. Por las pequeñas ocasiones en que me he visto, veo que soy bastante torpe para las cosas prácticas.

Voy aprendiendo, por las cosas que a mí me molestan o más me agradan, a emplearlas en el trato con los demás, para ver si consigo ganarme a otros.

Quiero, como consecuencia de ver esto en mí, explotar esa buena base natural, desarrollar esa indulgencia hacia los demás, esa simpatía y ese respeto al problema interior de todos los hombres, ese deseo de ayudarlos y de comprenderlos, y al mismo tiempo vencer la condescendencia cuando es por cobardía y por debilidad, aprender a exigir de los otros lo que sea mi obligación, aprender a negarme y a no dar la razón cuando debe ser así... Para esto, me hace falta adquirir soltura de trato, pues soy bastante corto todavía, aprender a coger las vueltas a los demás, un poco de diplomacia y bastante mano zurda, pues voy viendo que es muy necesaria. Quiero adquirir un trato natural agradable y eficaz para mis fines, pues me parece que el que quiere llegar a un trato verdaderamente caritativo y espiritual tiene que empezar por esa base humana, tiene que tener la llave de esa fuerza para entrar en los hombres. Yo creo que, entre los que tienen deseos de conversaciones espirituales y de hacer fruto en los demás, se descuida mucho este principio natural del trato espiritual. Además de que en ese trato humano, sencillo, personal, bien llevado, se ofrecen al día docenas de actos de caridad y de ayuda a los demás.



A estudiar un poco este punto me ha llevado el deseo de hacer bien espiritual a los HH. y el ver lo poco naturales, lo poco atractivos que se me hacían las conversaciones espirituales de muchos y las mías propias.

También me lleva a este trabajo un deseo de perfección propia puramente natural y ver que cultivándome puedo rendir mucho en este sentido. Me anima a conseguir mucho de mí mismo el cambio que he dado. He aquí un recurso personal que quiero se lleve una gran atención en mi formación.

Otro modo de ser es que tengo un espíritu abierto a todos los grandes problemas del mundo, de modo que me preocupan verdaderamente.

América, globalmente, me atrae y me hace pensar y pedir mucho para ver cuál es el centro, el corazón de su necesidad espiritual y, supuesto esto, cuál es el medio eficaz y certero para infundirle nueva vida y pujanza católica. Ya medito sobre esto y cuando tenga más medios de juicio lo haré mucho más.

Otro modo de ser es la ambición de ser y hacer algo grande. Siempre la he tenido, aunque de un modo inconsciente. Ahora es siempre persistente y no desaparece nunca a pesar de encontrarme tan impotente en muchas cosas. Esa misma ambición me impele a buscar en mí otros recursos personales, características de gran dinamismo, y me hace sentir una como seguridad de encontrarlos. Esta ambición me hace pensar en qué sentido y cómo tengo que desarrollar, educar y sobre todo aunar y sumar todas mis energías en una sola resultante, pues estoy convencido de que este es el punto céntrico de toda formación, y que un hombre de medianos recursos pero conocidos todos, amados todos, todos soldados como si dijésemos en una sola energía, es de una potencia formidable y, al revés, un hombre de grandes facultades desconocidas, desordenadas es una nulidad humana. Aquí, como en todas partes y más que en ninguna, se cumple el proverbio de que la unión hace la fuerza. Y yo creo también, por lo poco que conozco a los hombres, que lo ordinario aun entre gente cultivada y entre nosotros mismos es esa especie de desconocimiento y desorden interior.

Yo quiero que todo lo que yo vaya adquiriendo –vida espiritual, estudios, experiencia de las cosas– forme en mí un conjunto armónico y vital edificado sobre aquello que en mí es más mío y característico y poderoso, de manera que la santidad y las ciencias y todo lo demás sean perfecciones mías, algo que responda a mis propias necesidades algo que entre en mi perfección humana y en mi vida. Yo no puedo ser de los que saben mucho de algunas materias, pero de un modo reflejo, de un modo superpuesto, como cuando se añade un fardo a las espaldas. Cuando por obligación y por necesidad tengo que hacer esto, después de un trabajo enorme, mecánico, de embotellamiento, a los pocos días me quedo como, antes, limpio...

Yo creo que hay como dos clases de formación:

- Una en la que el que estudia sale de sí para invadir el campo de las ciencias y lo hace su posesión: compra esta posesión con su trabajo, algo así como podía comprar una casa y unos terrenos por cien mil duros: aquello es suyo, pero de una manera exterior, tan exterior casi como la posesión de la casa; el hombre se ha perfeccionado poco. Este es el caso de los sabios que son poco hombres, hombres que, humanamente considerados en el conjunto de su desarrollo, han salido poco de la infancia; dominan lo que saben sólo con el entendimiento, y las demás



facultades viven o en la indigencia o por lo menos a un desnivel enorme del plano intelectual. Estos hombres tienen muchas casas y dominan y ejercen una autoridad débil sobre ellas, ¡claro! , si no las tienen casi ligadas consigo mismas, si lo que saben no lo aman. Aunque sean profundos, mejor dicho, muy competentes, tratan su ciencia con cierta frivolidad espiritual propia del que no tiene mucho y por eso derrocha con facilidad. Podría dar otras muchas características, pero entonces me alejaría de mi fin. Basta decir que esta dirección, en más o en menos, es la más común entre los hombres de ciencia y entre los que estudian y que cabe perfectamente en los sujetos más honorables y que no por eso, sobre todo si el talento especulativo es grande, dejan de ser hombres de gran valor.

- Otro tipo de formación es el de aquellos que compran su ciencia con más trabajo; son más ambiciosos, más celosos de lo que poseen; la ciencia en ellos es más interna, se funde más con su mismo ser, lo que saben lo aman, lo poseen, dominan, ejercen una autoridad poderosa sobre ello... la voluntad manda sobre todo lo que saben, su corazón lo ama, su imaginación lo idealiza. Son más hombres precisamente porque todo lo que saben se ha entroncado sobre sí mismos. Lo que saben, en ellos, reviste todos sus distintivos personales. La ciencia impersonal no les dice nada. En general, a no ser que se trate de conjuntos extraordinarios, saben mucho menos que los del primer tipo, pero saben explotar sus recursos mucho más. Son hombres más poderosos humanamente.

Yo entro en este tipo por conformación natural porque tengo desarrollado mucho más el corazón y la imaginación que el entendimiento y, por otra par, tampoco soy ligero intelectualmente.

También me lleva a esta tendencia el instinto de conservación. Veo que por aquí puede ser que haga algo. Por el otro camino, a mí me es imposible ser un hombre de algún valor. Mi ambición me señala este camino y creo que para mí es el verdadero. Este modo de ser yo lo he ido viendo por mis manifestaciones, pero yo no lo he cultivado. Está en estado salvaje. Como todavía me quedan por delante los mejores años de formación y la edad más fecunda y tengo un deseo enorme de formarme, de hacer de mí algo fuerte y de empuje, yo quiero empezar un plan consciente de cultivo y de desarrollo personal y, para eso, llevar mi vida espiritual y mis estudios, como tengo que llevarlos yo y como me han de servir a mí partiendo de mis propias carencias y posibilidades. Hoy todo el que quiera hacer algo se especializa. Como en todos los tiempos, el que se especializa tiene que salir a buscar en un campo fuera de sí esos elementos de prestigio, recursos científicos..., pero hoy los campos de especialización son mucho más numerosos y más atractivos y por eso los hombres que estudian o que se forman para algo serio por necesidad tienen que salir de sí para buscar afuera esos medios de acción. En estas circunstancias, yo creo que casi nadie se especializa en ser hombre y que aquí hay un campo relativamente libre de concurso y que es el más eficaz para hacer una gran obra en el mundo. Quiero especializarme en ser hombre, y que todo lo que estudie o trabaje humana y espiritualmente vaya encaminado a hacerme más hombre, un hombre que tienda en lo posible a la perfección humana y por lo tanto un hombre sin tiesura, un hombre bondadoso, humilde y sencillo, amante e indulgente con...

Día 17.2.36

¡Me resisto a creerlo, se hunden mis esperanzas de ver salvada a España! ¡No será verdad! Deben mentir las emisoras de radio. La noticia infausta del tiempo de las izquierdas me oprime el alma. Veo a España ardiendo, su fe pisoteada, los religiosos a millares expulsados. Será está una gran



maniobra de Dios para que arrojados de España difundamos la fe por todo el mundo y España quede purificada después de un largo martirio? Siento confianza en sus santos designios.

Día 1.4.36

Estoy cansado y trabajo poco. Por eso sueño sin querer y mi espíritu vuela sobre el mundo hambriento de todos los bienes y de todas las verdades.

Quiero beber naturaleza y hartarme, despojándola de lo que tiene de más hermoso, y no sólo de lo hermoso sino de todos sus valores, para apropiármelos y vestir mis ideas, mi filosofía, mi teología, mi fe con toda la fuerza de realidad que existe en el mundo. (Me da rabia no poder decir bien lo que quiero sin fugas de pensamiento por falta de expresión).

Vivimos en un cajón dentro del cual encerramos nuestras ideas, mejor dicho, las grandiosas y riquísimas ideas del cristianismo, entre telarañas y tufo de ambiente gastado. En la naturaleza hay cosas pequeñas y bonitas y cosas pukcras y paisajes secos y duros y franqueza de rocas y grandiosidad de moles andinas y apacibilidad de valles de delicias. Yo quiero robarle a la naturaleza especies vivas de fuerza y de suavidad, de alegría y de tristeza y de sequedad, de dureza grande, de armonía, de nostalgia, de paz, de seguridad, de prosa indiferente, de ambiente natural sin idealismos, y de arrebatos.

Entonces mis ideas cabalgarán sobre formas nuevas, sobre formas vivas, y podrán fundirse con la realidad del mundo, y así entran por los ojos de todos los hombres.

¡Los Hombres! Otro mundo por el que quiero adentrarme conociendo el exterior de los hombres en todas las formas de vida, en todas sus manifestaciones externas; pero sobre todo en el alma de los hombres. Yo quiero conocer toda la gama de inquietudes que se mueven en el interior de los hombres, desde el religioso consagrado a Dios hasta el presidiario embrutecido, todos sus sentimientos, sus preocupaciones de todos los órdenes, sus temores, sus despreocupaciones, su absorción por el exterior, su desconocimiento y conocimiento de sí mismos, de sus obligaciones morales y religiosas, sus remordimientos, sus alegrías, sus aspiraciones y ansias y, en general, todo ese mundo sepultado bajo la prosa de una vida rutinaria y envilecedora de la mayoría. Quiero aprender la lógica del entendimiento, la de la imaginación, la del vientre y la bestial de la pasión. Quiero ver cómo practican conforme a su interior o en que grados de disconformidad para aprender el descuento que se hace al pasar de la idea a la acción. Y para ver más de todo esto yo quisiera rodar más años por el mundo...

Y, como esto no puede ser, quiero preguntarle a la historia cómo eran los hombres de otros tiempos y cómo se mueven los conjuntos de esos hombres para saber cómo se han de mover los del porvenir y cómo otros hombres han hecho ese trabajo en mil formas, sobre todo por medio de la literatura; quiero conocer a todos los grandes escritores de todas las tendencias.

Llegando aquí y mientras se hace ese trabajo, tengo que realizar la síntesis de todos esos elementos de realidad con la gran realidad inmutable del Dios de su enviado Jesucristo y de todos los demás círculos de luz que se agrandan a su alrededor. Toda aquella realidad del mundo es para el hombre y toda la realidad pasajera y contingente del hombre se ha de incorporar a la gran realidad inmutable de Dios y su Cristo

**Día 30.4.36**

Más que nunca, un deseo de descansar espiritualmente sobre un alma amiga me acompaña. Quisiera poder volcarme por completo sobre otro corazón que me ame, que me comprenda y que me estime. Creo que muchas fuerzas que duermen vacías en mí despertarían vigorosas a una nueva vida. ¡Sólo si encontrase quien me dijera todo lo que tengo y todo lo que me falta...!

Y sin embargo tiendo a cerrarme más que a abrirme. Esto indica debilidad espiritual. Soy demasiado egocentrista. El mundo se hunde en una catástrofe de estampido y mis ojos miopes sólo ven algo de este pequeño interior mío.

Pero también creo que, para lanzarme a la vida y tener una base de sostén, me hace falta comprensión y cariño. Si yo fuese más enérgico y arrastrase el choque con las cosas con un poco más de vigor, no me harían falta esos calorillos y los despreciaría como pequeñez poco varonil.

Se me ocurre con todo que precisamente, para ser enérgico y para lanzarme a la lucha con tenacidad y exaltación, me hace falta un gran amor. Soy una especie de conjunto de fuerzas, o inertes o contradictorias, que esperan el gran imán del amor para sentirse arrastradas en una sola y única dirección.

Lo real y palpitante es que, como yo existo y vivo, existe y vive un inmenso y ardiente amor hacia mí. Sí existe y late hacia mí un ardiente amor hoy, en esta hora, en este minuto, en cada segundo. Sigue la trepidación de cada segundo siempre vuelto hacia mí, con ojos encendidos de pasión. Y, mientras tanto, yo pienso que me hace falta un amor, un pequeño cariño donde descansar y donde fundir todas mis energías y elevarlas a una vida más luminosa y más amable. Y no encuentro ese pequeño cariño y ese tibio amor.

Si yo tropezase en mi inútil afán con la mirada vivificante de ese ser que me ama sin que yo le ame, mi pecho sería mi un volcán.

Día 10.5.36

Un vacío de calor
Una soledad sin dolor...
Dulces ansias que se esfuman
y olas en el corazón...
Olas sin playas de amor.

Día 14.5.36

Cada corazón
va cantando
por el mundo
su canción.
Cada corazón
va latiendo
al paso
de su amor...
Cada corazón
va llorando
su dolor...



aunque no lo veas.
Cada corazón
cada corazón
cada corazón.

Día 16.5.36

Luz y armonías
vibran en el espacio.
En los prados
paz
de intenso y profundo verdor.
A lo lejos
ondulan los montes
su dorso azulado.
Mugén las vacas en el establo
Siento la dicha del vivir.

He pasado la última página de la narración de Sienkiewicz Liliana. Estoy triste. Pasan por mi imaginación caldeadas de sentimientos las escenas de idilio sobre la estepa inmensa e imponente llena de grandezas y de misterios. Siento ansia de ser feliz y moverme dichoso en un escenario semejante. El corte sangriento de la trama, sobre la llanura carbonizada, en la que queda perdida para siempre la Tumba de Liliana me oprime y derrama sobre el alma un ambiente de amargura. ¿Por qué yo me conmuevo así y, cuando a través de la narración llena de encanto se presiente que se acerca el fin doloroso de aquella felicidad, siento miedo y quisiera salvar a mis héroes y hacerlos inmunes a la desgracia eternizando su dicha?.

Mi corazón pequeño y hambriento de amor y de dicha ha entrevistado a través del genio artista de Sienkiewicz un mundo de dulzuras que se desliza viril bajo los entoldados carros que cruzan lentamente una tierra virgen llena de encantos nuevos y profundos. He gozado con esa felicidad de breves días y siento su nostalgia entristeciendo los largos años de distancia a que la mira el viejo narrador.

Estos sentimientos no se borran de mi corazón y el mismo tiempo que gozo al respirar el ambiente de dicha de los felices emigrantes este gozo está penetrado de tristeza y de dulce y amargo dolor.

Este es el sentimiento que (aunque no logro aquí expresar bien) se me repite en lecturas y ante realidades semejantes.



3. Maestrillo en el Colegio San Ignacio (Caracas)

Día 24.9.36

Mi cuerpo descansa en los nobles brazos de la noche tropical y mi alma quiere volar. Vibra rápida la noche con el canto inmenso de los grillos y de las chicharras. Vibración como de miles suaves timbres de madera y de metal, que cubre la oscuridad. Cansada y triste rueda la voz del tango. Su pasión pone en el alma una enferma nota de debilidad. Viene de un botiquín grasiento, donde lloran las guitarras.

Mi alma quiere pero no puede volar. Los cocuyos van escribiendo sus círculos de luz en las tinieblas. No encuentro la extática atención del mundo dormido que he gustado en España las noches de luna

No me atrevo a generalizar, pero hasta ahora se me ha hecho menos espiritual la noche del trópico y lo mismo digo del paisaje diurno. Me parece todo más brillante pero menos profundo.

Día 17.10.36

Voy pasando uno de esos periodos de soledad interior que me hacen recurrir a otro para sentir el calor de un amigo que me conforte.

Siento ganas de acercarme a mi amigo ideal y decirle: estoy un poco triste; siento hastío de mí, la vida no bulle estos días en mi pecho y en mi corazón.

Qué triste tiene que ser llegar a un estado o edad de la vida en que domine nuestro espíritu esa inercia triste y sin entusiasmo. Entonces, la vida ha perdido para siempre todo su colorido. Un gris uniforme de sequedad debe cubrir todas las cosas, todas las ocupaciones del hombre.

La mirada sobre la vida debe estar helada por la ausencia de esperanza, por la desaparición de lo que bajo su novedad ocultan en sus repliegues las cosas que se presentan por primera vez a nuestros ojos.

Yo no quisiera que desaparecieran de mis ojos las novedades, los encantos, las esferas anhelosas que apasionan la mirada sobre la vida, de los jóvenes.

Quiero mantener mi corazón sencillo, sin que lo arrugue y marchite una experiencia sórdida con visos de ciencia práctica. Estos días pasados he tenido ocasión de sentir la sequedad suficiente de una de esas pequeñas ciencias prácticas. Me ha dado nauseas.

Me parece que pocas cosas agotan tanto las riquezas internas de un hombre como la conciencia de que conoce las cosas, de que la vida no tiene misterios para él.

No tengo ganas de seguir discurriendo sino de poderme derramar a los raudales de un lirismo abundante e íntimo.

Además de que estoy débil todavía por la gripe que he pasado, estos días siento miedo de crearme un mundo irreal mientras en mi derredor el mundo real pide soluciones concretas y bien determinadas. Por eso no me dejo exaltar.

Escribo por cultivar un poco mi seca pluma con la esperanza de que un día pueda hablar vigorosamente de cosas grandes, de esas de que el mundo tiene hambre y sed eternas.

**Día 12.5.37**

Alma llora. Alma, como el alma rusa, canta, ama, y llora. “La noche está llena de luna y mi corazón de ti”... Por el camino de su voz que viene derecha del corazón, por el camino de su voz llego al corazón de un pueblo y a los mares del afecto de su alma. Explosión de nostalgia infinita. Esos rusos cantan en tierra extraña las alabanzas a su Dios. Cantan con el amor intenso y sangriento de la fidelidad a la patria martirizada.

Día 13.6.37

Cuánto ha llovido. Las cadencias melancólicas de una música que me brota del corazón embalsan mi alma hace poco postrada y triste. Me siento en posición de vivir una vida de bondad.

El abismo oscuro donde brille hondo un amor, se llenaría con un mimo; un cariño lo haría rebosar. Voy pasando una hora de ternura ciega. Mi ternura se encuentra sola.

Al mirar las cosas que pasan a mi alcance siente la repulsión de derramarse sobre arena que siempre quedaría seca, tragándose esas corrientes dulces que me acarician y me perfuman suavemente el corazón.

¡Pobre hombre! Estás hecho para el amor. Se me había olvidado, después de un año de disipación exterior.

En cuanto me he encontrado conmigo mismo he contemplado el hueco que hay en mi alma.

Día 8.11.37

Los guitarristas como una flor de la pampa preludian sus bustos acicalados. Sus trajes brillantes. El cantante ofrece su perfil seductor al público. Sonríe con fruición pasional como si cruzara sus miradas con una persona oculta entre los bastidores del escenario. Y sus ojos negros brillan arrebatadores con un fulgor de placer y de melancolía.

Estoy seguro de que muchos corazones cuelgan trémulos por un momento del fuego sensual y de sus pupilas. El ritmo de las guitarras recoge sus seducciones y las concentra en su voz mientras su rostro de cara al público expresa la enajenación, que le produce la vista de un objeto vagaroso y lejano.

Día 23.1.38

Al ver interrumpido este diario por saltos tan largos se me aumenta la tristeza de esta tarde en que me he sentido como una máquina sin objeto, como un artefacto, que soñó un ideal ya abandonado y del que se ha distanciado mucho ya, para poderlo recuperar. Me siento solo, pequeño y en contradicción conmigo mismo. Me basto yo para deshacer mis propios esfuerzos. Siento la tristeza de ser flojo e inconsciente. Mi vida va quebrada en pedazos de distintos colores y en fuerzas que se suceden y se oponen destruyéndose.

Día 16.6.39

Esa página de enfrente llena de decaimiento y melancolía la escribí hace un año y medio. Y sin embargo, yo he dicho varias veces que este cuaderno es un diario.

Quisiera llorar con hondos suspiros redentores, pero no tengo fuerza y me parece salvarla mejor sonriéndome de mí mismo. Esto es cobarde. Pero yo no soy más. Pobre diario espejo en pedazos



de una vida que yo he sentido llamada a volar y que hoy veo arrastrarse miserablemente en una mediocridad ya casi desorientada. Todavía esplende la luz sobre el horizonte, pero siento la tristeza de mi sol que se va a poner.

Si alguna vez he sentido anhelos de descanso y de comprensión espiritual, ahora que me siento cada vez más maduro como hombre me siento más débil y angustiado de corazón.

Quiero cuando escribo estas líneas consolarme con la propia visión de mi interior comprendido por lo menos por mis propios ojos. Esto es una debilidad, un narcisismo. Quizá sea una postura despreciable. No me importa. Quisiera decir y pensar cosas que me consolaran y que elevaran mi espíritu entristecido pero siento que me predicaría a mí mismo con poca sinceridad. Esas cosas se las puedo decir a otros pero a mí me sonarían a hueco, aunque creo en su verdad. Si otro que me quisiera, me las dijera en los oídos del alma, creo que sentiría un estremecimiento de resurrección.

Y esto que yo siento es la tristeza del vivir que me parece observar en casi todos los hombres maduros, cuando no están distraídos completamente por el exterior. Cuanta tristeza debe haber en eso pobres corazones, pues sus obras van siempre canceradas por la mediocridad.

Yo quisiera decir como el Pródigo: “me levantaré e iré con mi padre”..., pero no encuentro estas palabras dentro de mi corazón. Veo que esas palabras salvadoras la puede decir la voluntad, pero mi voluntad está enferma y se ocupa poco de mí. Dónde está mi voluntad, pues conozco el camino y no empiezo a andar. ¿Soy un ciego voluntario? Aquí hay un misterio que no sé explicar.

Hoy para escarnio mío me ha dicho uno que me estima que yo tengo una voluntad de hierro. Y me parece que lo decía con sinceridad.

Esto me hace pensar si todos los hombres que parece algo estarán tan huecos como yo. Yo he sido muy fácil en creer en la magnificencia y en la belleza de las almas, y siempre me he considerado inferior. En cambio, ahora que mis obras ofrecen Inconfundibles rasgos de anemia espiritual, me siento cada vez más fuerte con respecto a otros. La experiencia me demuestra todos los días el camino del sepulcro blanqueado. Me parece observar en casi todos los que me rodean rasgos de fariseísmo inconfundible, precisamente porque se parecen demasiado sus maneras a las que siento que se escapan fuera de mi manto de fariseo.

¿Por qué esas vidas honorables que contemplo son tan mediocres en los frutos de sus obras...? Yo veo que un poquito de buena voluntad y de sacrificio es siempre una semilla fecunda y al mismo tiempo veo la infecundidad acompañando aun a los que deberían ser luz del mundo.

Oh, Señor Dios, que me ves pensando como gusano triste en tu presencia. Ámete yo a ti, y un incendio se apoderará de este corazón mezquino.

Día 29.6.39

Quiero buscar luz en las grandes verdades. Luz y consuelo: Qué hermosa es la vida del hombre bajo el concepto de sublimidad que impone considerarlo como ciudadano del cielo, habitante de la casa de Dios, donde en un banquete eterno de felicidad gozará de todos los placeres y de todas las dulzuras. Feliz para siempre.

Si yo siento más que nunca la necesidad de un amigo o de un hermano que me comprenda y que me consuele, puede pretender suponer lo que será sentir el abrazo entrañable de Dios que sacudirá



con ternura, besándome con la seda infinitamente suave de su cariño hasta en la última fibra de mi ser pobre y hambriento.

Qué pobre es el hombre y qué pequeño que, pudiendo pedir mundos nuevos de dicha eterna y labrándoselos con el trabajo de cada día, dice todo nervioso y acongojado: Yo quiero comodidad, yo quiero aprecio, quiero una ternura que nunca ha llegado a mi corazón, quiero ir a tal parte, o gozar de una situación de privilegio. El poder multimillonario de Dios nos dice: pídemelo lo que quieras, el premio que tú te puedas imaginar, y yo te lo multiplicaré por cien, y nuestra naturaleza, carne podrida de avaro que no ve, dice, sin hacerle caso y como si nunca hubiera oído la propuesta de Dios. *Yo quisiera siete pesetas.*

¿Cómo se podrá dar un ser racional con tanta pequeñez?

Yo creo que, cuando en el infierno la luz de la otra vida abra los ojos a la visión de estas realidades inmensas, uno de los tormentos más espantosos de los condenados será oír: yo fui tan... que te pedí siete pesetas cuando me ofrecías el reino de los cielos; un día llegó Jesucristo a mi fiesta y me pidió castidad y yo le dije no puedo... Él entonces me respondió: yo te daré la dulzura infinita y eterna del amor incomparable, y yo le contesté sin vacilar... no quiero, prefiero las mieles de la tierra, aunque duren un instante nada más.

Y el condenado sentirá que el puño de hierro de la desesperación le retuerce el corazón por haber cometido esa necedad espantosa. Cómo quisiera volver a la ocasión en que pudo hacer esa compra de maravillas por tan bajo precio. Pero la propuesta tantas veces repetida durante la vida pasó para siempre.

Jesús, amigo mío, hermano que me llamas sin cansarte nunca a la puerta del alma, estoy ciego y no veo; por eso cambio diamantes por chucherías miserables. Jesús haz que vea, haz que te ame. Por qué mi vida va a ser triste, cuando tú me ofreces un cielo nuevo por cada momento de servicio. Nunca te cansas de llamar..

Día 16.8.39

En Choroní, debajo de un uvero, sobre la arena, a tres metros de la espuma que se acerca a mí como si quisiera algo, pero siempre se va. El mar se mueve y mi espíritu también. No sé cómo ni quiero saberlo, pero vibran las ondas de la emoción allá adentro de mi corazón. Soy Feliz y por eso me considero superior a la mayoría de los hombres. No tengo nada que hacer, ni quiero hacer nada, sino gozar en medio de esta naturaleza amiga. Mi gozo sería completo si yo lo pudiera comunicar, pero no tengo nadie en quien hacerlo sin hacer el ridículo.

A mi pesar, las expresiones de felicidad se me escapan y llaman la atención a los demás y me dicen ¡Este Vélaz!, meneando la cabeza. Hay algo de peyorativo en este juicio que me entristece un poco, sin llegar a nublar mi dicha. Me dan también un poco de tristeza estos compañeros míos que no saben gozar de las riquezas del mar y de estas costas adornadas por los penachos temblorosos de los cocoteros.

Cuando yo paseo solo por Playa Grande, mi corazón se exalta y canto en explosiones ruidosas de felicidad. El arbolado denso de las montañas que circundan la playa por el este, oscuro en su apretura y difuminado con un velo casi imperceptible de vapor, preside el estrepito blanco y salobre de las olas. Sobre la arena brilla el sol y la espuma, y yo paseo cantando en traje de baño, acariciado



por una brisa cálida y refrescante al mismo tiempo. Entonces canto versos, que no puedo terminar por falta de inspiración o más bien por exceso de tumultuosidades en el chorro abierto de los afectos estrepitosamente fuertes.

Día 18.8.39

Una gruta marina me da sombra a la orilla del mar. El agua tiene un temblor nervioso que casi no forma olas. Los uveros me cierran la vista por la derecha, inclinados por encima de las rocas. Un penacho de cocoteros domina el pedazo más abierto del horizonte. Estoy como en una ventana de la tierra que abriera al mar.

Es un buen sitio para meditar, si es que tuviera ganas, pero no me siento interior. La gruta parece que me dice: "cuéntame tus cosas". Pero su insinuación me deja frío. En cambio, si estuviera aquí un verdadero amigo mío, todo me convidaría a vaciar en él mi corazón. Si mi hermano Manuel estuviera aquí, estoy seguro de que me comprendería y yo recibiría un alivio inmenso. Manuel es tan semejante a mí en sus gustos y en sus maneras de sentimiento que mis palabras encontrarían en él la única resonancia que necesito para descansar mi fatiga espiritual.

Yo miro en mi derredor, y ni entre los jóvenes ni entre los viejos encuentro el hombre capaz de entenderme plenamente. Yo veo hombres espirituales que mostrarán la vía recta de mi alma, veo otros sentimientos los que comprenden la superficialidad de las realidades interiores; pero no saben medir su hondura. Qué haría yo ante ellos en mis ímpetus salvajes de dicha y de perfección, de naturalismo y de gelidez espiritual, todo revuelto de un modo desconcertante...

Probablemente mi interior se quedará siempre conmigo, siempre desconocido a los demás o juzgado con ligereza. Ahora siento en mí una aspiración a Dios y un como querer romper en una súplica de descanso y en un grito de socorro; pero un fondo desconcertante de sinceridad parece que me retiene como si esto fuera un aparato que no tiene sentido o como si no fuera conforme a la reverencia con que el hombre ha de proceder con Dios, guiado siempre por un espíritu de verdad. Quizá la conciencia oscurecida de que en todas estas miradas interiores hay un narcisismo espiritual es el motivo de sentir como vergüenza de recurrir a Dios. Algo así como si le pidiese socorro para favorecer un estado inferior de vanidad y de mentira, que él ve como vanidad y como mentira.

Una ilusión cantó en mi jardín
Trinaba dulcemente
mansa y feliz.

Una ilusión huyó de mi jardín
su eco misterioso
aún vibra en mí.

Una ilusión voló de mi jardín
ansiosa subió al cielo
Me espera allí.

Sobre un sepulcro hediondo
crece la flor



En la tierra de la noche
Florece el sol

En la noche de mi alma
Está el Señor.

Día 2.8.40

Fiesta del Trópico. Los pensamientos están amarrados por un sopor cariñoso. La playa recibe pacientemente el sol. Se alegra en cambio con la brisa que viene de su viaje marino cargada de sonoridad.

Los cocoteros llenos de fruto se levantan altos y gráciles inclinando suavemente sus troncos con algo que es como humildad o galantería. En sus copas maravillosas tiemblan con un temblor parecido a una sonrisa las puntas de las palmas. El mar está azul, pero con un azul tan bello que uno se felicita a si mismo de poderlo contemplar.

Día 4.8.40

El sol muere envuelto en gloria. El sol se está apagando lleno de resplandor. El mar brilla a sus pies recibiendo en su faz un brillo que parece inmortal. Un séquito de nubes se agolpa a las puertas de la noche. El ejército de los colores más placenteros las acompaña. Las tonalidades cambian como en una pantalla gigante que hubieran tendido las manos de Dios llenas de cariño todopoderoso.



4. Teólogo en Oña (Burgos, España)

Día 15.11.1940

Estoy cansado de estudiar toda la mañana. Tengo helados los pies. Este domingo se arrastra lento. Parece que remolcara cuesta arriba las horas. A ratos me da miedo, como si se fuera a detener el tiempo en este compás de tristeza de Otoño que me invade... Estoy esperando que alguien llame a mi puerta para darme un rato de conversación íntima y dulce. Pero, como no viene nadie, me duele la falta de compañía. Quisiera decir, y no lo he dicho al principio porque me daba vergüenza, que no me quiere nadie. Es el pudor de que una mirada inoportuna visite este renglón y me juzgue como un aninado de alma y, sin embargo, esa es la frase que expresa y explica esta tristeza que siento: "No me quiere nadie", "nadie se preocupa de mí". Y todavía me siento más solo porque en esta hora de insustancialidad y de amargura incolora ningún ideal me alumbra y tengo frío en el corazón.

Me he puesto a cantar y a silbar cosas tristes. Quería decir algo, sencillamente eso; que estaba solo y sin cariño, y me puse a escribir y, como no había formulado mi estado, no sé por qué transposición, escribí sobre el primer papel que encontré en mi mesa: "Llano desierto, poblado de noche, que es como decir: llano poblado de doble soledad". ¿Qué tendría que ver esto con lo otro... Seguramente que la subconsciencia quiso decir que yo era como ese llano tan solitario. Y volví después a silbar y a cantar con monosílabos sin sentido. No sería aquella música una llamada de auxilio que me brotaba sin yo pretenderlo, guiado por mi deseo ciego no formulado de que alguien, que no sé ni donde estaba, me oyera y entendiera. ¡Quién sabe!

Yo por lo menos quiero saber cómo se mueve mi yo misterioso, para saber cómo se agitan y desenvuelven los misterios de los demás.

Día 15.6.41

Mañana empezamos las vacaciones mayores. Las vacaciones serán lo que yo quiera o días felices a las cuales me adapte con amor y con simplicidad o días fríos y tristes si me quedo esperando lo que ya sé que nadie me dará. Tengo que plegar un poco el orgullo y hacerme humilde disfrutando como disfrutaban los temperamentos infantiles. Siento estos días el asco de no hacer nada de provecho y tengo mi pequeña duda sobre el éxito de mis exámenes. No estoy conforme con lo poco que rindo. Me irritan los misérrimos frutos que produce mi jardín.

Pero veo que, si me entrego con sencillez a las cosas sin importancia y si pisoteo un poco mi egoísmo, puedo ser feliz. Siento ganas de lanzarme con decisión por la vía de la generosidad espiritual que supone contentarse con todo y no gruñir sordamente por nada. Sin embargo, siento un extraño sentimiento de reserva.

Qué verdad es que la infelicidad de los hombres no depende de los hechos externos, de las circunstancias que nos rodean, sino de nuestro estado de ánimo, de proceder como si todo nos sonriera, perdonándoles sus espinas a las rosas y gozándonos de su hermosura y de su perfume.

Voy a hacer un propósito de disfrutar sin límites durante estos días gozándome en frenar mis deseos ante todas las barreras establecidas. Voy a esforzarme por ser ameno, hablador, cuentista, paseante y cantor. A cuántos Hermanos puedo comunicar mi aumento de dicha. Con esto, habré



hecho una magnífica buena obra en este ambiente frío y seco del Teologado. Mañana encomendaré este asunto en la comunión. Señor Jesús, dame un granito de tu bondad.

Día 4.8.41

Cuántas veces he dicho que quiero escribir y también cuántas veces he tenido que decir que no sé de qué escribir. Nuestra vida rueda tan monótona, el paisaje de Oña es tan repetido y estrecho que no ofrece materia para sentirse con ganas de expresar cosas nuevas. Sólo los veneros interiores son capaces de explotación. Pero quién las adivina bajo esta corteza siempre igual de nuestros días iguales. Yo no tengo ya las inquietudes sentimentales que me acompañaban con frecuencia en Filosofía. Quisiera buscar una materia exterior abundante y excitadora para poder probar si he adelantado poco o mucho en expresividad.

Quizá por eso ansío viajar, ver costumbres y países exóticos, asistir al portento de fuerza humana de los combates modernos, leer libros de ambientes fuertes e ignorados antes para mí. Aun diciendo estas vulgaridades, voy en busca de un pensamiento fecundo para manchar cuatro páginas.

Deseo tropezar con un sector abandonado de mí mismo, sobre el que mi observación encuentre alimento con que enriquecerse. Hasta quisiera formular una paradoja o un pensamiento brillante que me permitiera darle el séquito de una glosa. Pero nada, nada, nada, me siento bien, sin exigencias mayores, sin añoranzas, sin idealismos, sin nada digno de una fotografía espiritual; digiero magníficamente y duermo mejor y además estoy contento de ello, de manera que sin desesperación, sin amargura tengo que decir que no se me ofrece nada digno ni indigno de anotarse ni siquiera para entrenamiento verbal. Lo único que me pudiera inspirar si yo tuviera fuerza para hilar una bonita tela de araña con un tema fútil son las moscas que me llenan el cuarto. Ellas representan toda la vida que brille a mi alrededor. Alguna me pica, otras se me posan en el pelo pero no están pegajosas como para irritarme. Vuelan a mi alrededor y zumban suavemente formando escuadrillas que evolucionan en el centro del cuarto. También se posan tranquilamente sobre el cuaderno en que escribo frotándose las patas delanteras y traseras con cierto aire de satisfacción. Hay una que no sólo se ha frotado las patas sino que además ha hecho una cosa muy parecida a rascarse las alas por debajo, quería ponerse las puntas de los pies en los sobacos de las alas. Otras se rascan la rojiza cabeza. El Máximo movimiento mosqueteril gira en torno a la bombilla. Allí chocan unas con otras se persiguen zumbando y se dan de cabezadas contra la pantalla. En este momento me llama la atención una que a una cuarta de mi mano saca la lengua en mi dirección y luego se la frota levemente. No ha pretendido burlarse. Se ve que le picaba la lengua también.

A las moscas les debe picar todo porque se rascan todo; es raro ver una mosca quieta sin que al poco rato empiece a darse fricciones. Todas son unas masajistas habilísimas. ¿Qué necesidad orgánica les incitará a desahogarse de ese modo? Si yo supiera dar la razón completa de hecho tan insignificante, sabría más que todos los biólogos del mundo.

Cuántos tomos se podrían llenar con estudio que pudiera decirse para siempre agotado sobre las maravillas de organización y de vida que encierra la pata de una mosca. Me bastaría eso para llegar al misterio de la vida. Se me están haciendo simpáticas estas moscas depositarias de más problemas que el entendimiento del mayor inventor.

**Día 30.8.41**

La noche esta tibia y tranquila. Un viento pausado que llega a ratos hace sonar el foliame de los castaños.

Cuando se va, se oye el timbre atenuado de los grillos y las castañuelas de las ranas que se divierten en su tertulia lejana del río. La calma serena de la noche hace oír su llamada de amistad. Siento ganas de pasear un rato y dejarme embeber por las apacibles y monótonas voces nocturnas. La cama me espera. En este momento me parece un instrumento aburrido y detestable. Siento ganas de pensar. Un suave y fertilizante fluido interior me endulza el ánimo, aunque de momento no tengo materia sobre qué cavilar.

Me parece que, si ahora hubiera entre manos algún problema, le daría una solución acertada y agradable. Siento una pequeña nostalgia de no emplearme en cosas dignas. En algo por ejemplo que me haga sentir por los efectos logrados que soy un hombre que tiene poder. Me cuesta amargamente resignarme a ser un hombre insignificante. Si yo me pudiera pasar toda la noche pensando, daría a luz planes arriesgados, sistemas de influjo y de trabajo, ordenaría mis pensamientos anónimos y dispersos, acuartelándolos sólidamente bajo la jerarquía de las ideas madres. Me siento disgregado fragmentario, con poca organización interior.

Siento el anhelo de que me absorba y monopolice una idea grande, que sea capaz de entusiasmarme incitando todos mis resortes de acción para ver cómo se despliega en orden de batalla este interior soñoliento y anárquico.

La noche amiga que me sondea como un confidente que hubiera oído mis confesiones más sinceras me atrae dulcemente y no sé por qué capricho siento que me pide una exposición de mis planes para este curso que va a empezar. Mis proyectos son ambiciosos y temo que no tenga suficiente disciplina para realizarlos. Por eso prefiero guardarlos.

Día 3.3.43

Señor, dame tu luz, rompe mis ojos que, creyendo que ven, no ven nada y me engañan; acércame a ti, arráncame de mi miseria. Haz Señor que yo te vea. Padre mío ¿se me ha olvidado el camino de tu casa o es que nunca lo he sabido?

Me siento pequeño, efímero, mi huella se va a borrar detrás de mí en cuanto yo pase y es porque he puesto mis afanes en todo lo caedizo, en todo lo pasajero, y me he olvidado de ti.

Señor quiero tenderte mis brazos de hijo y enlazarlos a tu cuello. Recíbeme y abrázame. Levántame a ti, muéstrame tu rostro para que me olvide de todo lo demás.

Día 4.3.43

Señor, muéstrame tu rostro; Señor, que no te conozco y tengo que ir a predicar tu santo nombre. ¿Qué voy a decir de Ti? ¿Quién te va a amar oyendo mis palabras frías...?

Miles de almas te podrán amar si yo te amo de veras. Y tú quieres que te amen por mi medio. Por eso me has llamado y dentro de pocos meses me vas a hacer tu sacerdote, tu enviado.

Por mi culpa, Padre mío, yo no sé nada de ti; por mi culpa, no he adivinado ya tu hermosura; por mis pecados, mis ojos no ven el mundo lleno de tu presencia encendida de amor hacia los hombres... ¿Y así me voy a presentar a mis hermanos...? ¿Quién de ellos creará que soy un



mensajero que viene de tu casa, quién de ellos va a pensar que yo he oído tus palabras...? Y no me creerán y perecerán también porque yo he sido tan miserable que hasta ahora no me he inquietado por conocerte.

Padre mío remedia esta obra de iniquidad de que he sido causa.

Día 6.3.43

Élvame Señor a tu perpetua luz, a la cumbre desde donde tú ves el mundo. Mis ojos miopes no ven las estrellas distantes. Dime hacia dónde tengo que mirar, pues el mundo, el demonio y la carne me han desorientado y he perdido el camino que conduce a tu morada..

Día 7.3.43

Jesús, hermano, tú que conoces la distancia que me separa de Dios, dame la mano y condúceme. Tú eres Dios y hombre, tú abrazas en tu ser la infinitud de la divinidad y la bajeza de la humanidad, tú sabes el camino que va del abismo del hombre a la gloria omnipotente de Dios, tú has recorrido ese camino que está dentro de ti; por eso eres el Camino, el único camino; además, tú mismo eres el guía.

Condúceme pues hermano mío, condúceme a través de ti mismo; que yo penetre ansiosamente dentro de ti y que a través de ti corra hacia ti, que vuele siempre dentro de ti acercándome cada vez más a ti.

Día 15.3.43

Señor, haz que no me olvide de lo único que importa buscar que ere tú, tú solo. Mira, Señor, me olvido de ti aun en medio de las cosas que hago por ti. Y además, cuántas cosas emprendo sin mirarte a ti, porque me agradan, porque me interesan, porque me las mandan, porque llueven simplemente sobre mi...

No te veo todavía en el centro de todas las cosas. Tú eres el Creador del universo, tú conservas cuanto existe, tú lo mueves, tú lo gobiernas, tú lo dispones y encaminas todo a ti y, sin embargo, mis ojos titubean, están desorientados y no sospechan el sentido hondo que tiene el mundo y la vida. Te busco y no te veo, cuando siempre estás a mi lado y al lado de cuanto existe y cuanto sucede. Te veo solo a ratos, te encuentro en entrevistas muy separadas entre sí. Señor, haz que caiga en la cuenta. Sacúdeme, estremece mis entrañas. Necesito despertar. Me parece que te has disfrazado, y no reconozco tu ademán divino y tu presencia sacrosanta. ¿Me hablas quizá una lengua extranjera? No, Padre mío. Creo y veo con evidencia que yo soy el que cierro los ojos o que me he dormido y no siento por eso tus pasos de Padre y no escucho tu voz cargada de amor. Lléname de tristeza, Padre mío, ten misericordia de mí y haz que se desplome sobre mi alma un torrente de amargura, pues, pudiendo estar siempre contigo, estoy distante; teniéndote dentro de mí, no te amo siempre; hablándome tú siempre, no sólo no te sigo, sino que, oyéndote, a veces soy más miserable que una culebra o que cualquier ser dañino y te desobedezco. Oh, si yo te obedeciera siempre, no se hubiera embrutecido hasta este extremo mi pobre alma y lo que menos sentiría sería satisfacción y complacencia de sí.

Señor, estoy satisfecho de mí casi siempre. Señor, desmíenteme, grítame, que soy un impostor y un vil, atérrame de ser tan asqueroso. Sólo cuando sienta que soy un traidor empedernido a tu predilección siempre sostenida, entonces despertaré, entonces caeré en la cuenta dónde estoy, en



qué estercolero me he enterrado; entonces extenderé mi brazo y mi angustia hacia ti, y tú vendrás y, a medida que mis gritos sean más continuos; sin yo merecerlo, te acercarás a mí y sentiré que vienes, que vienes cada vez más cerca, que lo llenas todo, que ocupas tu trono sobre todas las cosas y que mueves la lengua filial de todos los seres y todos entonces me empezarán a hablar de ti, susurrarán tu nombre y sus palabras tendrán tu huella y sus palabras serán armoniosa polifonía millonaria, crescendo de luz de vivificación con horizontes y con lejanías ilimitadas que quedarán repletas por tu presencia y descubrirán nuevos horizontes gloriosos hacia los cuales harás caminar mi entender extasiado. Y toda mi vida y toda la eternidad.

Oh, Padre Padre, Padre qué resonancias tendrá entonces mi voz cuando volviéndome a los que te desconocen les hable yo de ti. Entonces, aunque yo fuera paralítico y aunque me quedara ciego y aunque estuviera leproso, mis palabras tendrían resplandor suficiente para ser luz del mundo.

Señor siento todavía un miedo lejano para decirte: “Hiéreme con tu amor y con tu presencia aunque me quites todo lo demás. Haz como tú gustes, pero haz conmigo ese milagro de tu misericordia para que conociéndote yo haga que lo amen todos los hombres”.

Día 25.3.43

Traigo el alma aromada por toda una tarde de montaña y de pinares y descansada después de una charla efusiva e interminable. Hoy nos han concedido las órdenes, pero casi no me he acordado de eso. Me parece un incidente imperceptible al lado de las órdenes mismas y de nuestro futuro sacerdocio. Nuestra charla ha sido sobre eso, sobre nuestro sacerdocio, sobre nuestro influjo santificador, sobre la manera de prepararnos.

Yo he defendido la tesis de que la preparación más vigorosa, el arma que será en nuestras manos enorme red barredora de almas, es la de llegar a ser unos iluminados, profetas como los que presenta San Pablo junto a los dotados de don de lenguas. Un sacerdote que...

Día 20.10.43

Quiero hablar contigo, Señor, quiero llorar ante Ti, quiero decirte cosas que llevo dormidas en las entrañas. Soy tan débil que se me apagan las luces divinas en las manos. Los diamantes de tus gracias se me entierran en la carne y me olvido de su resplandor.

Yo quiero amarte Señor. Oye esta oración, que es el único perfume que puede salir de este montón de basura. Yo quiero amarte solo a ti. Arrancar mi alma de todos los imanes pequeños y grandes que la atraen y la sujetan al lado de la tierra. Todas las cosas lanzan sus tentáculos hacia este pobre corazón y me chupan la sangre y te quieren echar a de allí.

Yo sé que allí sólo debe estar tu trono y que yo todo entero soy tu morada. Pero, Señor, te has hospedado en la cueva de un traidor. Vela por mí, no me permitas seguir las huellas de Judas. Ahora mismo acabas de lanzar sobre mi alma un haz de gracias, un tesoro de maravillas. Lo sé, Señor, aunque no lo veo, un ni merezco verlo. Crece dentro de mí, inúndame, poséeme todo. Echa a los siete demonios que te disfrutaban esta pobre choza. El día que tú solo vivas aquí, el día que yo solo respire para ti, qué asco tendré de estos días canallas en que no te recuerdo o te saludo solo por cumplimiento como a una persona algo molesta. Hay que ser enano del alma, bandido de corazón, sucio para tratarte así. Haz Señor crecer tus flores milagrosas sobre este sepulcro lleno de podre. Mete tus raíces santas por este abismo de maldad. Yo necesito ser tuyo, yo necesito



querer ser tuyo siempre, dame esta limosna de querer quererte, de ansias de amarte. Dame Señor esta limosna antes que la limosna de ver y la limosna de oír y la limosna de andar y la limosna de respirar. Si los hombres que se creen ricos y potentes vieran el don millonario que hay en poderte amar, tirarían con asco el juguete con que se han engañado hasta ahora. Pero los ojos y los oídos y la carne toda mienten con descaro perfecto, y prefieren barro dorado y excrementos perfumados. Oh, Señor, que escondiste tu tesoro a los poderosos y se los revelaste a los más pobrecitos y despreciados, ten compasión de mi miseria y muéstrame el milagro de tu rostro. Que yo te vea y te sienta y que sobre todo te posea siempre. Aduéñate de mis ilusiones, de mis recuerdos, de mis sueños. No pases de largo junto a mí, que estoy herido. Buen Samaritano, compadécete de mí, que me han acuchillado todos los ladrones del alma. Recoge esta piltrafa de buena voluntad que todavía queda en mí y hazla tuya. Sánala, confórtala. Dime Señor: “levántate y anda”.

Día 11.11.43

¿Por qué no doy un valor permanente, luminoso y atractivo a lo eterno, a lo verdadero, a lo definitivo, y el apetito y el deseo, si no ladran pidiendo carne, quieren por lo menos vanidad y distracción y oropel de un día?

Quiero ver mundo para ser culto para ser erudito, quiero leer y ensancharme al contacto con las vivencias de los escritores a quienes les ruge el mar dentro del pecho, y me olvido de llenarme de Cristo, de seguir sus huellas o por lo menos las de los que le han tratado mucho y frecuentan su compañía para aprender así el camino. Cuántos caminos hay que llevan a Cristo a través de la austeridad, a través de la plegaria, cuántas vías triunfales que cruzan todas las páginas de los evangelios y las de sus grandes amigos que le conocieron y le trataron y recostaron la cabeza en su costado. Y además qué timidez en decir aquellas cosas que sé de ti, Jesús mi Salvador. ¿Si yo las gritara con toda mi alma, si yo las dijera al menos como las siento a ratos? Pero tengo quizá vergüenza de ser tuyo o es reparo de aparecer tan poco tuyo, de poder decir tan pocas cosas y ser mal dichas de ti? Señor, te pido que me des sed entrañable de conocerte, de buscarte por todas partes, de no perder un rato de charla contigo, para aprender de ti lo que eres tú, para saber decir hermosamente lo que tú has hecho por mí y por todos los hombres o que, por lo menos cuando no sepa decirlo hermosamente, para decirlo con valor, con firmeza, sin miedo ni a la risa, ni al ridículo, ni a mi rudeza. Tú triunfas por medio de instrumentos débiles y no fueron gargantas académicas las que te predicaron con más amor ni las que recogieron cosecha de cariño para ti en los corazones de los hombres.

Señor, y ¿por qué yo, cuando busco el regalo que dan tus escrituras, tengo que renunciar a tus dones? Claro que hay criaturas que no son compatibles con tu voluntad o, mejor dicho, que tú no quieres que me entretengan y que me distraigan, pero hay otras que sin duda son los escalones por los que se puede subir a ti. Dame vista penetrante, dame amor suficiente, para conocerlas y para pedirles la limosna de mostrarme el camino hasta tus brazos. Señor, quiero ver tu rostro, aunque sé que no lo merezco, Señor, quiero oír una palabra tuya que se me clave en el corazón y me anime y me conforte y me resucite.

Es humillante querer amarte y sentirse traidor, decir de verdad que quiero ser todo tuyo y ver que me regalo a cualquiera de tus enemigos. Pedirte que me muestre tu rostro y cansarme de tu cercanía.



Carne corrompida y loca, madriguera de todos los pecados. Qué claro comprendieron los íntimos de Cristo que te tenían que tratar a latigazos. Solo te doman los que te echan un freno de hierro y al mismo tiempo te saben clavar la espuela, para que te afanes por lo que no quieres y para que sirvas como esclavo en aquello que te encabrita.

Dame, Señor, tu fortaleza para buscarte por un camino de abrojos. Endúlzame las espinas. Dame constancia para cruzar buscándote ese llano inmenso de la rutina de todos los días.